



E-92  
DARR

EN EL CENTENARIO

DEL NACIMIENTO DEL

Historiador Nacional

SEÑOR DOCTOR DON

Pedro Fermín Cevallos.

(HOMENAJE DE SUS NIETOS.)



7 de Julio de 1812.

||

7 de Julio de 1912.

QUITO

Imprenta de "El Comercio"

1912.



# EN EL CENTENARIO

DEL NACIMIENTO DEL

Historiador Nacional

SEÑOR DOCTOR DON

# Pedro Bermín Cevallos.

(HOMENAJE DE SUS NIETOS.)



7 de Julio de 1812.



7 de Julio de 1912.

QUITO

Imprenta de "El Comercio"

1912.









## Nuestro Homenaje.

---

Conforme al andar del tiempo venía aproximándose la fecha del centenario del nacimiento de nuestro inolvidable abuelo, el Historiador Nacional *Señor Doctor Don Pedro Fermín Cevallos*, crecía en nosotros el ardiente deseo de tributarle, en tan memorable día, algún homenaje que fuese digno de él y que, á la vez, interpretase los sentimientos de imponderable afecto y profunda veneración que profesamos á su augusta memoria.

Con el objeto de satisfacer ese ferviente anhelo, iniciamos, hace más de dos años, las convenientes gestiones á fin de sacar á luz una nueva edición de los seis tomos que componen el "Resumen de la Historia del Ecuador", la más notable de sus obras, cuyas dos anteriores ediciones, además de estar totalmente agotadas, no corresponden á su importancia por los numerosos errores tipográficos que contienen; ya que, nada considerábamos más propio y adecuado que la mentada publicación para honrar al autor en su centenario.



A la realización de esa idea hubimos, pues, de dedicar todos nuestros afanes, y, aprovechando la circunstancia favorable de estar votada en el presupuesto nacional, desde la legislatura de 1908, la suma de ocho mil sucres para la nueva edición de la Historia que nos ocupa, hizimos varias tentativas por ver de conseguir el pago de una parte siquiera de esa cantidad. Mas, fue vano nuestro empeño: las arcas fiscales se encontraban como nunca exhaustas á consecuencia del régimen de dilapidación que imperaba en el Gobierno de esa época, y mal podía atenderse á ningún gasto que no fuera concerniente al mantenimiento de ese mismo régimen de malversación y despotismo. Propusimos entonces que se nos diera una de las imprentas del Estado y el papel necesario, por cuenta de la predicha subvención. Obtuvimos, en efecto, tales facilidades y se dictaron las correspondientes órdenes; pero, nuevo desengaño: apenas iniciados los trabajos sobrevinieron multitud de inconvenientes debidos á la escasez de papel en los almacenes del Gobierno ó á la mala voluntad y decidia de los encargados de proporcionarlo; y como, por otra parte, el tiempo viniese ya muy estrecho y la situación política del país fuese cada día más angustiosa, tuvimos

que desistir del halagador proyecto, hondamente contristados, postergando forzosamente su ejecución para cuando las circunstancias de nuestra desdichada Patria se muestren más propicias.

Fracasado nuestro primitivo intento, y ansiosos de que en ningún caso faltase el modesto y cariñoso contingente de los íntimos deudos en las manifestaciones de patriótico regocijo con que el Ecuador entero, y en especial el entusiasta Municipio y pueblo de Ambato y la culta metrópoli del Azuay, se han preparado á celebrar el centenario de su primer historiador, hemos creído conveniente reproducir en este pequeño folleto las dos mejores y más importantes piezas literarias que se han escrito acerca de la personalidad de nuestro abuelo, entresacándolas del libro de *Recuerdos* que tuvimos la íntima satisfacción de editar ahora quince años, libro que contiene una recopilación casi completa de todo lo que hasta entonces se había publicado en su honor, dentro y fuera de la República.

Esas dos producciones que hemos querido se divulguen más en la presente oportunidad, son: la magnífica y admirablemente trazada *Biografía* debida á la pluma maestra del insigne poeta y literato Don Juan

## VI

León Mera, y el no menos brillante y conceptuoso *Elogio Fúnebre* fruto de otra de las estrellas de primera magnitud en el cielo de la literatura y el foro ecuatorianos, el Señor Doctor Don Julio Castro.

Por feliz coincidencia llegó, además, ultimamente á nuestras manos una como página de oro para que sirva de digno encabezamiento á las dos mencionadas producciones. Tal es la carta que, hace pocos días y hallándose ya en prensa aquéllas, se ha dignado dirigirnos el Ilustrísimo Señor Doctor Don Federico González Suárez, con motivo de la proximidad del centenario de nuestro abuelo. Honramos, pues, este opúsculo insertando también en seguida el hermoso rasgo con que el sabio y benemérito prelado ha querido hacernos presente su aplauso y complacencia, con ocasión de los festejos á quien *con él comparte la gloria de patrio historiador*.

Y aquí terminamos estas breves líneas, dejando en ellas testimonio perenne del acendrado afecto á nuestro venerable antecesor y de que su sagrado recuerdo perdurará siempre en el pensamiento y en el corazón de sus nietos.

Quito, Julio 7 de 1912.

F. Alberto DARQUEA.

## VII

Quito, Junio 22 de 1912.

Señor Dr. Dn. F. Alberto Darquea.

En la ciudad.

Mi muy estimado Alberto:

Conoce Ud. bien cuánto aprecié yo á su abuelo, el Señor Dr. Dn. Pedro Fermín Cevallos, y, por lo mismo, ya puede Ud. conjeturar con fundamento cuán grata habrá sido para mí la noticia de la celebración del centenario del nacimiento del varón esclarecido á quien, con justicia, todos debemos reconocer como patriarca de las Letras ecuatorianas y padre de la Historia de la República del Ecuador, nuestra querida y desgraciada Patria.

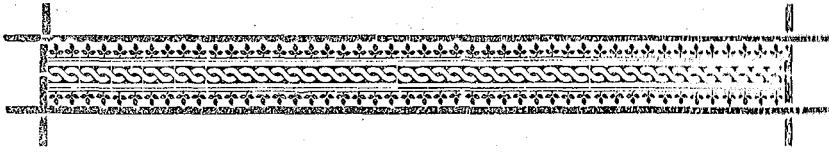
Yo no suelo nunca prescindir del carácter moral del hombre, cuando juzgo del mérito del escritor: en el Señor Cevallos el carácter, las prendas morales del hombre, realizaban mucho las dotes del escritor. Noble en todo, generoso, sincero é incapaz de cometer jamás ninguna acción ruin, se complacía en reconocer el mérito en quien lo tuviera, y nunca hablaba de sí mismo con jactancia. Nadie tan amante de las glorias patrias como nuestro benemérito historiador: yo lo conocí muy de cerca; yo lo traté con confianza, yo tuve el consuelo (consuelo grande para mí), de asistirle en su última hora y prestarle en su partida de este mundo los auxilios de mi ministerio sacerdotal. Bien hacen los ecuatorianos en honrar la memoria de uno de los más célebres compatriotas nuestros: la celebración del primer centenario del nacimiento del Señor Dr. Dn. Pedro Fermín Cevallos es obra de patriotismo. Yo cooperaré á esa celebración siquiera con mi aplauso, ya que no me es posible cooperar de otro modo.

## VIII

En el Señor Cevallos debemos reconocer, además del mérito del historiador, otro mérito especial, que no conviene dejar pasar desapercibido en esta solemne ocasión: ese mérito especial es el de haber sido entre nosotros el iniciador del estudio concienzudo del idioma castellano, y en este punto la influencia del Señor Cevallos fue eficaz y benéfica: no era sólo amor á la pureza del lenguaje castellano, era culto de admiración, y culto fervoroso y entusiasta, el que á la pureza del lenguaje castellano tributaba el Señor Cevallos. Este mérito de nuestro compatriota no debe pasar desapercibido ahora, cuando se va á celebrar el centenario de su nacimiento.

Aprovecho de esta ocasión para suscribirme de Ud., como siempre, suyo afectísimo,

† FEDERICO,  
Arzobispo de Quito.



## EL DOCTOR DON

Pedro Fermín Cevallos

Apuntes Biográficos

### I

Hace poco nos escribía un amigo nuestro estas palabras: «Ud. como paisano del Dr. Cevallos, con quien, además, tiene buenas conexiones, debe conocer algunos pormenores de su vida; ¿porqué no los da al público? Hombres como él bien merecen una biografía».

En efecto, el Dr. Cevallos tiene ya un nombre que pertenece al mundo literario; á ese mundo formado de ideas y de doctrinas, de ilustración y verdades, de belleza y encantos, y que con tanta eficacia ha influido siempre en la suerte del género humano; á ese mundo que se desarrolla en todos los climas, que se robustece con los siglos, que se alimenta con los frutos intelectuales de todos los pueblos, y que no conoce sino una sola generación, y ésta eterna,—la generación del talento y la gloria.

Y quien guiado por la nobilísima aspiración de ascender á ese mundo ha sabido desnudarse de la vulgar condición para mostrar el entendimiento é ingenio de que le dotó naturaleza, y vestir la púrpura de la celebridad, no es extraño que infunda en el público el deseo de conocerle por las particularidades de su vida.

Cierto también que en más de veinte años de no interrumpida amistad y trato frecuente con el Señor Cevallos, hemos recogido algunos datos que pueden servir para trazar su biografía siquiera á breves rasgos; y cediendo á las tentadoras palabras que hemos transcrito al comienzo de estas líneas, queremos hacer un boceto, que no por ser de mano amiga será contrario á la verdad y la justicia.

No es muy raro ver á dos pintores retratarse el uno al otro, y nadie se sorprende de este recíproco empleo de su arte. Los biógrafos son también pintores, y sus pinceles y colores son los mismos de la historia; la única diferencia consiste en que ésta pinta frecuentemente grandes y complicados cuadros, y la biografía sólo retrata personajes, prescindiendo á veces de todo objeto accesorio. La historia es Rúbens y la biografía Van-Dick. El Dr. Cevallos, historiador de nuestra patria, pero que ya se había dado á conocer como aventajado biógrafo, dio á luz en 1866 un trabajo, notable por más de un respecto, sobre nosotros y nuestras obras. Ahora queremos sentarnos también al caballete para pintar su retrato; ¿qué inconveniente hay para hacerlo? No somos Van-Dick: mas pintaremos así así, á nuestra manera.

El Dr. Cevallos juzgó que quien había levantado á las Musas un altarcillo de césped y flores en la margen del Ambato, merecía ser conocido en la vida del hogar, en la vida íntima, tanto como en la pública, y nosotros creemos con más razón que quien ha tenido la fortuna de erigirles un templo clásico en su *Resumen de la Historia del Ecuador*, debe ser en justicia sacado á plena luz.

Las biografías abundan en nuestros tiempos; mas esto no quiere decir que abundan las personas de espectación que las merecen. Pocos son los nombres que los siglos futuros respetarán, y es inútil que se dé cabida en los diccionarios biográficos modernos á bárbaros toreros, bufones de teatro y farsantes políticos. En vista de tal ridícula manía pudiera creerse que en vez de honrar el verdadero mérito, se le degrada biografiando á quien lo posee. Mas, por fortuna, el abuso de que hablamos no puede ser dañoso, una vez que los límites entre la adulación ó el capricho y la justicia debida al merecimiento incontrovertible, están bien señalados y conocidos. El bioldo de la crítica aventará toda maleza y dejará el grano limpio: la

paja de las biografías apasionadas no caerá con el trigo, cuando sea arrojada al viento de la opinión sensata.

Nó, el abuso no triunfará; y menos podrá triunfar si tiene por compañera á la necedad. Un príncipe romano, perverso y loco, elevó á su caballo á la dignidad consular; mas, ¿quién por esto ha dejado de respetar esa institución, y á los Césares y Agrícolas que en ella brillaron? Bien pueden los Calígulas de la literatura biografiar sus caballos: las consecuencias de la necia profanación no dañarán ni la biografía que se inventó para la gente de mérito, ni el mérito que la biografía guardá para enseñarlo, como acto de justicia y como un estímulo al mismo tiempo, á la sociedad presente y á las que vendrán después.

## II

El 7 de Julio de 1812 recibía las aguas del bautismo en la iglesia matriz de Ambato un niño, nacido en esta misma ciudad y el mismo día; llamáronle Pedro Fermín, y era hijo legítimo de los Sres. Dn. Mariano Cevallos y Dña. Victoria Villacreses.

Juzgado con razón el más expertó de sus hermanos, hizo concebir halagüeñas esperanzas al Sr. Cevallos, que creyó proporcionarle los elementos de una buena educación con enviarle á uno de los colegios de la Capital. Pedro Fermín entró, pues, en *San Luis* en 1826, y en dicho establecimiento, que gozaba de buen crédito, hizo su curso de latinidad, filosofía y humanidades. Pasó después á la Universidad y estudió Jurisprudencia. En 1838 obtuvo el título de abogado.

¿Se cree que hizo sus cursos escolares y universitarios con la facilidad con que nosotros le venimos siguiendo en su vida de estudiante? Quien tal crea, se engaña. Todavía en el tecnicismo estudiantil se llama *calentar la lección* el aprenderla á la ligera, de modo que sirva para el desempeño de hoy, aunque mañana se borre de la memoria, como se borran las cosas que se escriben ó dibujan en la arena; y el joven Pedro Fermín, mimado con exceso en su primera niñez y acostumbrado al ocio, veía con repugnancia los libros de texto y escuchaba impaciente las explicaciones de los catedráticos, para verse luego en la



necesidad de *calentar* las lecciones y safar á duras penas de sus exámenes. Pasados éstos, como pasan las pesadillas, volaba al pueblo natal á entregarse á sus anchas, durante las vacaciones y en compañía de otros mozos alegres, á los bailes de candil, los paseos báquicos por las huertas que sombrean el Ambato, y, en fin, á una existencia del todo libre de ocupación provechosa. El amor y el deleite eran sus únicas divinidades; jamás pensaba en lo futuro; su juicio dormía; su inteligencia trabajaba sólo dentro de los límites del mundo material; su alma, embriagada por el humo de la voluptuosidad, no podía elevarse ni dos dedos de la superficie de la tierra; eso no era vivir animado por el espíritu, era dejarse arrastrar por un aluvión de gozos censuales. Vivo, alegre, decididor, ligero, si hubiese nacido griego y en otros tiempos, se habría sentado á los banquetes de Aristipo ó concurrido á los jardines de Epicuro, pero siempre aceptando la práctica de la filosofía de estos maestros, y no el estudio sintético de sus doctrinas para llegar á penetrarse de su conjunto.

El haber obtenido el diploma de abogado, profesión seria y laboriosa, no contribuyó á modificar su género de vida; se casó y siguió tunante; llegó á ser padre y se mantuvo en sus trece.

Una sola vez, durante esa larga época de diversión y chacota, le sobrecogió al doctor Cevallos un susto de gran tamaño. Trasladémonos á Riobamba en seguimiento de nuestro joven y alegre doctor por los años de 1835. Por supuesto, hemos de buscarle y dar con él en un baile. Allí estaba á la sazón el General Otamendi, un cuasi-tigre que en la guerra de la independencia se había comido algunas gruesas de españoles, y después se cebó también en los ecuatorianos, cuando las discordias intestinas los pusieron á su disposición. A causa de unos disgustos habidos entre el gobernador de la provincia y aquel general, quiso el segundo hacer de las suyas, y lanzó al salón del baile gente armada á que lo convirtiese en campo de sangre y de muerte. El cambio de escena fue horrible: algunos pasaron en un instante del festín á la eternidad, y varios quedaron heridos; entre estos últimos se contaba el Dr. Cevallos, que no había tenido ninguna parte en la desavenencia que ocasionó tan funesto desenlace.

Algunos años más tarde se notó en nuestro amigo suma afición á la lectura, y aunque sólo gustaba de novelas,

ya era un buen síntoma: habíase roto una brecha, si bien no muy ancha, en el reducto de los afectos materiales, y podía darse por ahí una carga hasta llegar á la rendición del alma. Pero ¿quién había de hacerlo? Cevallos vivía entregado sólo á sí mismo; no contaba con ningún amigo que pudiese aconsejarle y enderezar sus inclinaciones, y no había otra esperanza de mejoramiento, sino de parte de su propia voluntad. La naturaleza guarda á veces caprichosa en el individuo gérmenes ocultos de juicio, de inteligencia y de moral, que á beneficio de algún riego, casi siempre inesperado, se desarrollan, crecen y le hacen variar de condición y de rumbo; ese riego es ora el cambio de sociedad, ora el de fortuna, ya una desgracia que le conmueve interiormente y con fuerza irresistible, ya un afecto nuevo hasta entonces desconocido y que se sobrepone, apenas nace, á todos sus demás afectos; bien, por último, algo que pertenece oculto y misterioso, sin que él mismo sea capaz de comprenderlo y explicarlo.

No sabemos qué otra causa, fuera del afecto cobrado á los libros, vino á iniciar en el doctor Cevallos la transformación de que tanto había menester; pero es lo cierto que tras la lectura de novelas se despertó la decisión por la historia. ¡Grande adelanto! La brecha se puso tamaña. Como la historia sin la geografía es incompleta, el Dr. Cevallos hubo de recurrir á ésta. Mas, los conocimientos adquiridos en tales materias por medio de la simple lectura, son como prestados, y nuestro amigo que había penetrado su importancia, quiso poseerlos en propiedad; para esto fue preciso estudiar. ¡Bravo! El ataque ha comenzado, y la victoria no estará largo tiempo indecisa, si hay perseverancia en el combate.

Y sí que la hay. He aquí que el joven desbaratado estudia seriamente, y, por lo mismo, con provecho. El residuo de las orgías invade á veces su gabinete; los amigos le tientan; pero si en ocasiones cede y se va con ellos, en otras se le ve resistir con valor. Compra una pequeña biblioteca, y aun, calando que puede escribir alguna cosa de más sustancia que el *Ante usted parezco y digo*, y el *A usted pido y suplico, jurando, costas, &c*, ensaya su pluma en objetos literarios, y hace traslucir al escritor futuro. El juicio va despertándose, la inteligencia se espiritualiza, el alma va recobrando sus facultades divinas.

Con todo, no se juzgue que ha desaparecido por completo el joven de ayer con sus costumbres epicúreas; ni es posible una transformación completa en pocos años; establécese en el carácter del Dr. Cevallos la dualidad infalible producida por sus inclinaciones pasadas y sus tendencias actuales, y continúa por algún tiempo regando flores con una mano en las aras del deleite sensual, y-meciendo con la otra el incensario ante las augustas divinidades de la literatura y de la ciencia. Mas, era natural que éstas fuesen gradualmente apoderándose de todo su afecto, hasta obligarle á consagrarse del todo á su culto.

Esto sucedió al cabo: los estudios históricos y literarios, llegaron á ser la pasión dominante del doctor Cevallos y quedó redondeada su transformación. Nació á la vida del sentimiento, de las ideas y del deber, y la patria adquirió un ciudadano no solamente útil, sino importante en sumo grado.

Hay mucho que apreciar y aun que admirar en los hombres que han tomado el buen camino desde su niñez y no le han dejado nunca; privilegiados por el Cielo, triunfan de las tempestades de la juventud, las luchas del mundo los hallan con el pecho encorazado de diamante y los vicios mismos parece que temen el resplandor de sus virtudes. Pero es mucho mayor el mérito de los que han empezado mal y, á fuerza de combatir sus extraviados instintos, se han sobrepuesto á ellos y han conquistado un nombre ilustre y el aprecio y el respeto de la sociedad. De éstos no podemos decir que el Cielo los ha abandonado; pero es seguro que en sus inescrutables designios los ha destinado á no poder engrandecerse sino mediante los esfuerzos de su propia voluntad y de la inmolación de los afectos más arraigados en su pecho.

Hay ciertos individuos cuya cabeza blanquea por la influencia de sus tres cuartos de siglo, mas cuya alma es la de un muchacho desjuiciado y bullanguero; éstos se admiran de las felices transformaciones de que venimos hablando, y se les hace muy duro creer que quien haya sido disipado en su juventud pueda llegar en la edad madura á ser juicioso, amante del estudio y buen escritor. ¡Pobres viejos! su admiración é incredulidad se explican por lo viciado de su naturaleza que les impide el discernimiento y la recta justicia.—Pues nosotros no hemos podi-

do reformarnos ni hacer figura en la sociedad ¿y hemos de creer en la conversión de fulano y en su mérito personal?—He aquí lo que pensamos que dirá para su capote esa gente digna de lástima.

Pero las reflexiones á que nos ha inducido el tránsito de vida y condición del Dr. Cevallos, nos han alejado de nuestro tema; volvamos á él.

En «El Sud-Americano» y ahora ocho años publicó el doctor un artículo muy bien escrito, en el cual, entre chanza y chanza, al parecer se pintó á sí mismo (\*). “Di en andar de cotarro en cotarro, dice allí, chanzeándome en esta casa, jugueteando en otra, bebiendo, cantando, bailando en la de más allá, dándome un verde por los huertos de Ambato, pavonadas repetidas por los Edenes de Guano, por los Chambos y Pallatangas, siempre en movimiento, siempre con amigos y amigas, sino realizándolos, siempre haciendo paraísos. Después pasé á mayores: me gustó alguna, le gusté, y nos amamos. ¡Primer amor, dádiva del Cielo, alma de la vida! Detúveme en la delectación de mis amores, y me celaron y celé. Enojada ella unas veces, y yo enfadado otras, nos mirábamos de reojo, pero sin aborrearnos, y más bien como dispuestos á darnos por buenos. Venida la ocasión, que la buscábamos á posta, nos explicábamos, transigíamos, quedaban hechas las paces.....”

«Este período, aunque breve, casi instantáneo, como fue, no dejó de ser agitado y tempestuoso. Por cada calabaza un agudo piquete á la vanidad, por cada celo de los míos un mordizcón al amor propio. Tras una mala noche (si tal podía llamarse) un dolor de cabeza; tras las cabalgatas en que mis amigos y yo llevábamos á los músicos á las ancas de los caballos, los *cachos* (cuernos) terciados á las espaldas, probando aquí la buena chicha, más allá el rancio carlón, al pasar un puente el uva, en los desfiladeros el anisado-mallorca; los ratos de calor el ponche, los de frío el *gloriadito* que decimos; tras las cabalgatas, repito, la consideración de los riesgos de una rotura de cabeza ó una dislocación de brazos ó piernas, de los riesgos de aficionarse á la crápula ó quedar realmente de barril, la certeza de haber vaciado los bolsillos y las arcas, y el *qué dirán* de los prudentes.

---

(\*) Después me decía, riendo, que esto fue verdad.

“He puesto, como veis, los altos y bajos, los triunfos y las rotas, el pro y el contra, las glorias del calavera y los riesgos de la vida airada. Pues entre los percances del oficio y sus penalidades, estoy por los primeros con todas sus consecuencias, y ¡vive Dios! que si volviera á mis mocedades, fandanguero habíá de ser, que, de no serlo, no habríá penitencia con qué purificar la falta”.

Que tal diga Cevallos, por buen humor en su chusco artículo, pase; mas ¡cuántas veces habré suspirado contemplando sus años perdidos para la patria y para sí mismo! ¡cuántas veces habré repetido con un sabio griego en el tribunal de su propia conciencia: “No hay desperdicio mayor ni más sensible que el del tiempo!” La memoria de los placeres tumultuosos nunca es grata para quien conoce, después que ha pasado la tormenta, que no le fue dada la existencia para que abusara de ella en locas orgías y desmanes, sino para ennoblecerse y buscar la ventura del alma, empleándola toda en ilustrar la inteligencia, dirigir al bien los afectos del corazón, y atesorar virtudes prácticas. El Dr. Cevallos conoció perfectamente esta verdad, y por eso de veinte años á esta parte ha hecho heroicos esfuerzos por llegar á la altura que, á haber sido otra su juventud, la habríá alcanzado ahora cuarenta. Focílides ha dicho: “Ni los dioses ni los hombres han conseguido jamás cosa alguna sin trabajo: el trabajo es el apoyo de la virtud”; y parece que nuestro amigo ha tomado esta sentencia por guía de la segunda mitad de su vida. Ojalá con lo que hoy hace cubra el *déficit* que resulta contra él por lo que dejó de hacer.

### III

En 1847, cuando todavía no era sino lector de novelas, concurrió el Dr. Cevallos al Congreso como diputado por la provincia de Pichincha. Júzguese si preparado con esas lecturas podría sobresalir en una Cámara, que si bien como todas las de su clase abundaba en enredos y ficciones, no presentaba escenas amorosas, ni narraciones floridas y amenas, ni situaciones trágicas. Pensamos que la temporada de las sesiones no fue agradable para el voluptuoso y alegre legislador, y que se volvió muy contento á su teatro de Ambato.

La política hasta entonces le importaba un ardite, y no tomaba parte en ella. Cuando acontecía algún suceso de marca, participaba del entusiasmo ó de la conmoción general, como todo edificio en una ciudad ó en una comarca participa forzosamente del vaivén de un terremoto. En 1830 la creación de la república ecuatoriana resonó en sus oídos de muchacho como un trueno lejano; en 1835 la sangrienta batalla de Miñarica le sacudió los nervios; en 1845 vitoreó el triunfo de la revolución de Marzo; en 1847 el fallecimiento de Rocafuerte le arrancó un suspiro, se creyó poeta, y quiso que el suspiro se convirtiese en elegía, oda ó canción: mas, como las hijas del Pindo no prodigan sus inspiraciones á todo el que las invoca, resultó que el suspiro estaba mejor en su forma natural y primitiva, que desleído en unos cuantos renglones cortos. Talvez de esta negativa proviene que el Dr. Cevallos mire de mal ojo á esas lindas y simpáticas divinidades, en cuyo amor se abrazan felices otras almas.

Terminado el período constitucional de la Presidencia de Dn. Vicente Ramón Roca en 1849, la República se agitaba dividida en dos partidos que de cada mesa electoral habrían formado un foco de agrias disputas y contiendas. El uno llamado el partido *roquista*, se proponía el paulatino desenvolvimiento de las ideas liberales, que había comenzado en el gobierno del Sr. Roca; el otro quería el imperio de las conservadoras, preponderantes en la sociedad ecuatoriana antes y después de la caída del General Flores. El Sr. Roca no era liberal; pero obró rodeado de liberales. Si éstos no cultivaron abiertamente sus principios, no fue por falta de voluntad sino porque, cuando subieron al poder, no hallaron el campo preparado y dieron en él con sobra de estorbos que no era fácil remover. Después de una conmoción moral el ánimo de los pueblos queda movedizo é inconsistente, como la tierra después de un terremoto, y las semillas que se le confían son arrebatadas por cualquier viento. Pero ¡qué decimos! la desenfadada predicación del liberalismo, no sólo habría sido estéril, sino que habría excitado desfavorablemente al pueblo, tan delicado y hasta pelilloso, cuando se trata de introducir reformas y alteraciones sustanciales en sus inveteradas creencias y costumbres. Clara muestra de lo que decimos dio por entonces mismo encrespándose contra cierto Ministro de Estado que en una Memoria traspasó los

límites de la prudencia presentándose más liberal é innovador de lo que convenía á su partido. Conservar su influencia y acción expedita sobre la Nación por medio de los resortes gubernativos era, pues, absolutamente necesario para el bando liberal, y por eso en las memoradas elecciones de 49 luchó á brazo partido contra el bando opuesto, buscando por todas partes individuos que engrosasen sus filas. Cevallos salió entonces á barrera. Recluta hasta ese tiempo, quiso veteranizarse, y la coyuntura se le mostraba favorable para el caso: liberales y conservadores se deslindaron con alguna precisión, quizá por vez primera, y podía tomarse cartas en la política sin mucho temor de equivocarse en su carácter general, si bien en cuanto á las personas que figuraban en primer término, había que andar todavía como quien juega á la gallina ciega, con riesgo de atrapar á Judas en vez de Pedro.

El resultado de aquella pelea, en que felizmente las intrigas y los votos sustituyeron á la pólvora y las balas, no fue decisivo para ninguno de los dos bandos, pues, reunido el Congreso se mantuvo algunos días sin poder hacer la elección de Presidente de la República, y á la postre no la hizo, porque ni el General Elizalde, candidato del partido liberal, ni el señor Noboa, en quien se fijaron los conservadores, obtuvieron los votos que requería la ley. Disueltas las Cámaras y encargado del Poder Ejecutivo el Vicepresidente, *elizaldistas* y *novoiistas* se retiraron á tramar conspiraciones. ¡Ya no querían atenerse á los votos, sino á las balas!

Tal era, bien definido, el aspecto político de la Nación en ese tiempo. No sabemos si el Dr. Cevallos lo penetró bien; mas se le vió entusiasta y activo liberal, sino confiando en el triunfo absoluto de la bandera roja, esperando á lo menos que no volvería á flamear la que fue abatida en 45; pues, debe saberse que el partido conservador contaba en sus filas muchos hombres influyentes de los que componían el círculo del General Flores, y que habían promovido las repetidas revoluciones que ahogó en su cuna la diestra mano del Presidente Roca.

Nosotros, á la sazón imberbes y destituidos de experiencia, nos entrometimos, también por primera vez, en esos enredos públicos sin entender jota de ellos, y, opuestos al doctor Cevallos, nos complacíamos en quitarle votos para alargar la lista de los nuestros. Andando los tiem-

pos hemos venido á trabar estrecha amistad, pero sin que ninguno de los dos hubiese sacrificado sus principios y convicciones. Aunque en verdad los del Dr. Cevallos se han modificado en buena parte, así como los nuestros han sufrido también alteraciones, si bien no sustanciales, y, mejor conocidos y estudiados, hánse arraigado definitivamente en nuestra alma.

En esa época veía Cevallos subir, de la quinta de *Atocha* á la ciudad, *un joven taciturno, melancólico y huraño*, á quien juzgaba *incapaz de sacramentos sociales*; y también nosotros, con tan malos ojos mirados, veíamos á Cevallos con no mejores andar desalado pillando inocentes ciudadanos para llevarlos á las mesas electorales. Hoy estos recuerdos nos hacen reír á entrambos.

Para pocos ciudadanos se habrá presentado el porvenir menos conjeturable que para los dos: el uno que, al aproximarse al término de la juventud y al golpear las puertas de la política como un novicio, buscaba no obstante y con ardor todavía las embriagadoras auras de Sibarís y Chipre; el otro que á pesar de aquella corta excursión por los suburbios de la vida pública, deseaba que sus huertos de *Atocha* se transformaran en algún ignorado y tranquilo bosque de la Arcadia. Entretanto, arroyos nacidos en distintas montañas, descendíamos impulsados por la mano del destino á juntarnos en el valle de la vida, para deslizarnos por él, sin que podamos prever cuál llegará primero á hundirse en los abismos de la muerte, única manera de romperse nuestras íntimas conexiones.

El Dr. Cevallos, después que la candidatura del General Elizalde encalló en el Congreso de 49, y que ese mismo caudillo retrocedió del camino de la capital para atravesar las selvas de occidente é ir á mover la revolución que debía oponer á la que ya tenía preparada el General Urbina, se trasladó á la provincia de Manabí, una de las que, muy luego, se declararon á favor del movimiento liberal.

Nuestro novel político mantuvo frescas las esperanzas de un triunfo radical para su partido, hasta el convenio de la *Florida* que dio por resultado la momentánea preponderancia de los conservadores, la Convención de 51, especie de sietemesino de constitución raquí-



tica y enfermiza, y la elección de Presidente en el Señor Noboa. Desengañado entonces, lastimada su honradez y aburrido de ver salir hueco su ensayo en una vida para la cual, dicha sea la verdad, ni á él ni á nosotros nos formó naturaleza, se trasladó á Guayaquil, donde abrió su estudio de abogado y se consagró á él con bastante aplicación y buen éxito.

La política es arte que, aun los que nacen con vocación á ella, la aprenden á fuerza de golpes de cabeza, y el Dr. Cevallos se aturdió con el primero. Mas, las circunstancias no tardaron en cambiarse, y aburrimiento, y despecho y todo pasó, y D. Pedro Fermín fue de nuevo llamado á participar de los negocios públicos.

La política personalísima del General Urbina, quien no admitía principios de conveniencia común, sino tan sólo ideas y manejos que favoreciesen su ambición y los intereses de su círculo militar, no podía permanecer estacionaria después de las farsas en que había metido como actores á individuos que luego le servirían de estorbo. Había llegado el tiempo de despedirlos para que se presentase Urbina solo en la escena y manteniendo á sus espaldas, á que las guardasen, los cañones y las lanzas, que miraba como su propiedad legítima. En consecuencia, el 17 de Julio de 1851, apenas elevado, por obra del mismo Urbina, el Señor Noboa al solio presidencial, lo volcó por medio de una nueva revolución.

Creemos que el General Urbina tampoco ha sido liberal, sin que este juicio lleve embebida la idea de que le tenemos por conservador.—Pues ¿qué es entonces?—¿Qué? no es ni ha sido más que General Urbina. Con todo, como para justificar su última revolución era preciso aparentar algo que no fuese él mismo, llamó á sí al partido que pocos meses antes abofeteó, y ved ahí otra vez el liberalismo que se desemboza su capote de invierno para trabajar en su obra, aprovechando la primavera que le presenta el triunfo del militarismo personificado en un solo ambicioso.

El Dr. Cevallos aceptó la revolución; hizo más, pues sirvió de Ministro general, formando así parte del Gobierno provisional encabezado por Urbina. No le felicitamos por esta página de su vida y habríamos querido más bien hallarla blanca, ó cubierta de *alegatos de buena prueba y de autos y vistos*. Sin duda no tuvo

por justa ni menos por honrosa tal transformación; pero fue arrastrado á ella con su partido que reverdecía en esperanzas y se cubría de las flores de mil ilusiones. Del Ministerio, en el cual se mantuvo pocas semanas, pasó á la Asamblea constituyente reunida en Guayaquil, en clase de Secretario. En ambos empleos mostró buen talento y consagración; pero en ambos también puso todo su conato en ayudar á que se llevase á ejecución el destierro de los jesuítas, que expulsados de Nueva Granada, habían acudido á la hospitalidad cristiana del Ecuador. El Dr. Cevallos, hoy tan moderado en sus principios políticos y cuya equidad nadie puede revocar á duda, era entonces consecuente con la práctica de su escuela, de pedir ilimitada libertad y garantías para todo el mundo, y luego negárselas á sus rivales, cual si, con serlo, debiesen estar excluidos de la familia humana y condenados á infalible y eterna proscrición.

Después de la clausura de la Asamblea, su Secretario pasó á desempeñar la Fiscalía de la Corte Superior de Guayaquil, y en este empleo se mantuvo algunos meses; pero llevaba cosa de tres años de vivir ausente de su familia é iba, por otra parte, aburriéndose de la tierra caliente; tanto que con mucho agrado recibió el nombramiento de Ministro Juez de la Corte de igual clase en Quito, á donde se trasladó en 1853.

Desde 1851 hasta este año algo se había ejercitado la pluma de Cevallos, y dio á la estampa, en periódicos liberales, varios artículos; y aunque todos, cual más cual menos, salieron con el sello que distingue las producciones de los talentos primerizos, y con el saborcillo del fomes de la actualidad que los inspiraba, hubo, no obstante, alguno del género de *Figaro* y *Fray Gerundio*, que mostró donoso porte é índole algo parecida á la de estos maestros. Recordamos uno que se intitulaba *Los maule-ros* y que obtuvo acogida muy favorable.

En 1853 tuvo feliz remate la transformación moral y la verdadera invención del tesoro intelectual del Dr. Cevallos. La participación que tomó en los negocios públicos; el cambio de sociedad desde que salió de Ambato en 51, la consiguiente expansión de ideas en un círculo de hombres ilustrados y la necesidad de mostrarse entre éstos circunspecto y culto, y hasta algunos trabajillos que no le faltarían mientras rodaba distante del propio techo;

todo esto, sin duda, unido á la saludable ambición de afamar su nombre en la república literaria, obró en su ánimo de manera poderosa y decisiva, hasta hacerle arrollar las banderas del sensualismo y romper completamente con su pasado. Asentó el juicio, se consagró asiduamente al estudio, abrió su corazón á nuevos afectos y su alma á pensamientos graves y levantados, vio ensancharse ante él los horizontes del mundo espiritual, y halló focos de luz que ni aun había soñado mientras revoloteaba en torno del ídolo de barro que fascinó su juventud.

Ya hemos hablado en otra parte sobre la conversión de nuestro historiador: añadamos solamente una plumada.

Hizo severo examen de sus conocimientos y los halló deficientes; y á los cuarenta años de edad emprendió el estudio de algunos ramos que se aprenden á los 18 ó 20, y lo llevó á cabo con el afán y entusiasmo de un colegial que está en vísperas de sus actos universitarios. Estudiaba y practicaba lo aprendido; excelente método, en especial para los que entran tarde en el noviciado de las letras. Así se graban los conocimientos como en bronce, que vale más que la blanda y fácil memoria de un muchacho, que á veces deja escaparse hoy todo cuanto se le confió ayer.

Perdónesenos otro recuerdo personal, pues nos hemos trasladado á 1853. Las efemérides de este año contienen dos páginas que nos pertenecen: la una no la podemos descifrar, y la otra está escrita con letras claras de púrpura y oro. La primera es la de nuestra aparición en el teatro literario, á cuyo acto contribuyó entusiasta el doctor Cevallos; la segunda es la del principio de nuestra amistad con este distinguidísimo paisano.

#### IV

DE

El primer trabajo serio con que el Dr. Cevallos empezó á llamar la atención pública en el tiempo á que acabamos de referirnos, fue el *Cuadro sinóptico de la República del Ecuador*, dado á luz en unos cuantos números de *La Democracia*, periódico que se publicaba en Quito. En el mismo y casi simultáneamente con aquella obrita salía, como un ensayo de traducción del francés, la *Galería de contemporáneos ilustres*.

Ambos trabajos estaban anónimos; pero una polémica, no tanto sobre la forma literaria y la autenticidad de un rasgo histórico, cuanto sobre su filosofía y moral, polémica promovida por el Dr. Miguel Riofrío, obligó á nuestro autor á descubrirse defendiendo su *Cuadro sinóptico*.

Si en éste se veía patente la mano que podía trazar en más extensas proporciones la historia nacional, patente estaba asimismo la falta de profundidad y discernimiento en los estudios que debieron preceder á tan importante trabajo, y la ligereza con que se había dejado correr la pluma. Cevallos mismo ha dicho en las advertencias que ha puesto en el primer tomo de su *Resumen de la Historia del Ecuador*: "Confieso que esos artículos (los del *Cuadro sinóptico*) fueron escritos sin examen, por informes de los primeros á quienes consultaba, y con aquella ligereza con que se escriben los destinados para los periódicos, esto es, escritos en un par de horas, con la seguridad que se tiene de que, leídos ó no leídos, quedan olvidados para siempre".

En efecto, así se escriben generalmente y por desgracia las cosas destinadas al periodismo, á este nutrimento del espíritu popular, que por lo mismo de llevar tal destino, esto es, el de fomentar la ilustración pública paulatinamente por medio de hojas diarias, semanales ó como se quiera, deberían ser más bien meditadas y escritas con la corrección posible. Que los periódicos puramente mercantiles y noticiosos se escriban á la diablo, se puede perdonar; pues se trata de asuntos que atañen al bolsillo, y lo que conviene á los negociantes es la manera de llenarlos; ó de noticias, las más veces frívolas y ridículas, y lo que interesa á los curiosos de corrillos y cafés, es saberlas de cualquier modo. Pero que escritos serios que tienen por objeto instruir á los lectores en algún punto histórico, demostrar una verdad, combatir un error, &c., se los trabaje á salga lo que saliere; es imperdonable. Y no se nos venga con la disculpa de que, leídos ó no, se los olvida para siempre: esto lo hará el común de los lectores; mas hay otros, y no en escaso número, que retienen en la memoria, y apuntan, y sujetan á la crítica y comentan las ideas nuevas ó con novedad presentadas, y los sucesos que dan á luz los periódicos. A veces las narraciones de éstos sirven para escribir historias.

La misma favorable acogida que tuvo el *Cuadro sinóptico* prueba nuestra aserción, y prueba también cuán grande era la falta de una historia nacional. Lo penetró el Dr. Cevallos, y esto y los consejos de sus amigos le estimularon al estudio detenido y concienzudo de autores que de ella tratan, á coleccionar documentos antiguos y modernos muy importantes, y á buscar informes orales de testigos fehacientes acerca de sucesos que pertenecen á este siglo, no escritos ó que necesitaban correcciones. La aplicación fue constante, y el trabajo largo, difícil y penoso. No lo hubiera sido tanto si, hombre de posibles, contara con renta propia para sostenerse con su familia; mas, veíase forzado á dedicar la mayor parte del tiempo al desempeño de su ministerio en la Corte Superior, para con el sueldo de esta plaza, por añadidura mal pagado entonces, ayudarse en sus gastos domésticos. Fue, pues, necesario doblar la tarea, y emplear en ella hasta varias de las horas destinadas al sueño, y disminuir las de la tertulia y el paseo.

1858 fue año de disensiones con el Perú, de conmociones en el interior, de disolución del Congreso, cambio de ministerio, descrédito del gobierno y angustias y miserias para el pueblo; año calamitoso y precursor de otro más calamitoso todavía, en que la vida, la libertad y la honra de la patria se vieron en inminente peligro de desaparecer, á vueltas de una política interior desatinada, y por causa de la aviesa y corruptora que en el exterior se manejaba en daño de nuestra República. Por entonces el Dr. Cevallos cesó en su empleo en el Tribunal de Justicia, y desengañado por segunda vez de los negocios públicos, pesaroso de tantos males, se retiró completamente á la vida privada y se dedicó á dar la última mano á su obra, disponiéndola para la prensa. Mas, ¿dónde estaban los medios para costear la impresión? En nuestra República, donde todavía la imprenta es cara, donde se escribe poco, se publica la mitad de lo que se escribe y no se lee ni la mitad de lo que se publica, la tarea de formar un libro es, cierto, espinosa; mas, la de darla á la estampa es tal, que á veces pelagra la paciencia.

El Dr. Cevallos tentó mil resortes para facilitar la publicación de su *Resumen de la Historia del Ecuador*, y todos burlaron sus deseos y esperanzas: la suscripción, que se abrió dentro y fuera de la República, dio un resul-

tado que no era de temerse tratándose de obra tan apetecida; luego los manuscritos enviados á Europa en busca de un editor empresario, volvieron á venir arrebatados por el viento del desengaño; la Convención de 1861 trató de facilitar la empresa ordenando que se pagase al autor una suma que le debía el erario y quería cobrarla para tan laudable objeto, que no se cobrase derechos de aduana por el papel que debía introducir, y que el gobierno se suscribiese á unos cuantos ejemplares; pero ¡nuevo desengaño! El tesoro nacional aniquilado por los trastornos que acababan de pasar, y el gobierno empleado en organizar todos los ramos de su incumbencia, en medio de las agitaciones que le rodearon por todas partes, tras una breve tregua, se vieron en la imposibilidad de cumplir el decreto legislativo, y fue éste *letra muerta*, y poco menos que muertos los manuscritos del *Resumen* cayeron como en una tumba en el fondo de la papelera de su autor. Sin embargo, era preciso no desmayar, y tornaron á ser exhumados para recibir el don de la vida en una imprenta de Guayaquil; hubo no sabemos qué inconvenientes inesperados, y la gaveta se abrió para tragarlos de nuevo. El Colegio de Latacunga contaba con buenos fondos y con una imprenta regular. ¡*Lázaro, veni fó-ras!* La contrata está cerrada; la edición va á hacerse. Pero el Colegio ó más bien los que manejan sus fondos, gente incapaz de comprender la utilidad moral de la empresa, que por otra parte si no puede dejar tamaño lucro es seguro que no habrá pérdida, se andan en chiquitas, retroceden, la contrata se va noramala.... ¿y la obra? ¡A la gaveta!

Ved ahí una relación que muchos la juzgarán innecesaria, pero que nosotros no hemos querido dejar en el tintero, porque tantas contradicciones, desengaños, sinsabores y angustias sufridos con filosófica paciencia por quien se empeñaba en servir á los ecuatorianos enseñándoles su propia historia, son cosas que realzan su mérito y no deben quedar ocultas.

Al cabo el Dr. Cevallos dio con los medios de llenar su deseo; mas, fue menester que se trasladase á Lima y permaneciese allí largos meses, hasta ver circulando el primer tomo y dejar asegurada la impresión de los demás.

Cabe que expresemos en este lugar nuestro voto de justicia y gratitud al malogrado joven guayaquileño Dn. Vicente Emilio Molestina, que acaba de hundirse en el sepulcro arrastrando consigo muchísimas esperanzas. Tomó parte activa en la publicación del *Resumen* y su ayuda fue muy importante al Dr. Cevallos.

Este verificó su viaje hacia fines de 1868 y el primer tomo de su obra apareció á principios de 1870. Sucesivamente fueron saliendo á luz los demás hasta el quinto, donde termina la historia con la transformación política de 1845. El sexto, que comprende el resumen de la geografía del Ecuador, acaba de salir de la prensa, y ojalá no tarde la publicación del séptimo y último, compuesto sólo de piezas justificativas, muchas inéditas y todas de grande importancia, así para comprender mejor la obra del Dr. Cevallos, como para servir de tema al estudio de otros escritores que quieran ocuparse en nuevos trabajos históricos sobre nuestra patria (\*).

Cuando salió á luz el tercer tomo que comprende hasta la emancipación de la República del poder español, publicamos un corto opúsculo, *Nuestra historia referida por el Dr. Dn. Pedro Fermín Cevallos*, y entre otras cosas decíamos lo siguiente:

«El plan de la obra, hasta el tomo que hemos visto, nos parece bien meditado. Siguiendo con método y orden la sucesión de los tiempos, nos muestra el historiador primeramente la era de los *Shiris* y los *Incas*, patriarcas indígenas cuya memoria nos es tan simpática á los americanos; las sangrientas escenas de la conquista; los sesenta lustros de la Colonia, profundo abismo de ignorancia y servilismo y las que contienen la historia de la gigantesca lucha por la independencia y los orígenes de nuestros Estados republicanos. El pensamiento dominante de toda la obra es la honra de la patria y la enseñanza para lo presente y lo futuro. Para esto era menester conservar con escrupulosa rectitud el fiel de la balanza en que se pesan los hechos, y predicar, fundada en éstos, una moral tan severa que pueda ser á lo menos acatada, si no seguida, por cuantos la escuchen.

(\*) Este tomo no llegó á imprimirse, y los manuscritos se perdieron con la muerte de Molestina. Pérdida gravísima ó irreparable.

En 1886 salió de una de las prensas de Guayaquil la segunda edición del *Resumen*; pero tan plagada de erratas, ó quizás mucho más, que la edición limeña. Hasta aquí no tenemos, pues, una digna del mérito de la obra.

El Dr. Cevallos se ha desempeñado en esta parte de un modo cabal: examina los sucesos con imparcialidad y falla sin miramientos apasionados: cualquiera que sea el personaje, corporación ó pueblo que llama ante sí, les da ó quita lauros, les ensalza ó abate, y les recomienda á la posteridad, ya cubiertos de la brillantez del mérito, ya ennegrecidos por la ruindad de la infamia. Al tratar de aquellos hombres de cuerpo y corazón de hierro que España echó para América en el primer tercio del siglo XVI, es difícil que el historiador, especialmente si es americano, pueda contenerse en los límites de la medida propia de la historia; al verlos mojados en sangre y rodeados de escombros y cadáveres de millares de inocentes indios, se deja dominar por la cólera y deja también al punto de ser juez para convertirse en fiscal: entonces lo que escribe no es ya historia, sino terrible acusación. Pero Cevallos ha sabido evitar felizmente el escollo, y si ha tratado con dureza á los malos, en ellos mismos ha celebrado lo que debía de celebrarse, buscando para reglar su conducta en uno y otro caso autoridades fehacientes á cuya sombra ampararse contra la crítica.

«El estilo es el circunspecto y grave que conviene á Clío: el autor ha calado muy bien que el interés de la historia es muy otro del de la poesía, y dejando éste para quienes deben emplearle en sus cantos, no ha querido irse por el sendero abierto por aquellos que todo, sin más razón que su mal antojo, lo quieren cubrir con las rosas del Parnaso. Por lo tocante á la lengua, creemos que el Dr. Cevallos la conoce bastante bien, y que, acérrimo enemigo de las novedades inútiles ó dañosas, háse atenido al castizo hablar de los españoles de peso que, en mejores tiempos, encumbraron el castellano á la categoría de uno de los más ricos y armoniosos idiomas vivos. En el *Resumen de la Historia del Ecuador* son, pues, raros los pecados contra las leyes del bien decir español. Hemos oído censurar á algunos el empleo que en él se ha hecho de varias frases, locuciones, modos adverbiales é idiotismos propios de nuestra lengua, mas no de uso frecuente y común; pero nos avanzamos á juzgar que el autor no tiene la culpa de poseer en esta materia, como en otras, un caudal más abundante que muchos de sus lectores. Y vaya por añadidura una



pregunta á esta clase de lectores. ¿No es verdad que os gusta la moneda española, esa plata de buena ley que vulgarmente se llama *plata goda*? Pues bien, la lengua que emplea Cevallos en el comercio literario es *plata goda* legítima. ¿Os han deslumbrado tanto los modernos *soles* peruanos y los *fuertes* franceses que halláis malos é inadmisibles los riquísimos españoles? ¡No seáis bárbaros! En los tiempos que alcanzamos sólo de cuando en cuando asoman algunos escritores á demostrar cuánto vale la lengua *que fue de Castilla*, á la cual pertenece con perfecto derecho aquel decir que se ha tachado como defectuoso en la obra en que nos ocupamos, siendo, por lo contrario, uno de sus más brillantes méritos. Cevallos ha preferido poner su nombre en la hermosa aunque ya corta nómina de los clásicos, y allí se quedará para siempre.»

Y al fin añadimos:

«Al terminar este tomo [el 3º] del *Resumen de la Historia del Ecuador*, ha quedado en nuestra alma una impresión profunda; pero estamos suspensos, presas de la ansiedad, en medio de dos tormentas, la que conmovió hasta los cimientos la sociedad americana al desarraigar de ella el despotismo y las viejas instituciones, y la que la ha sacudido y todavía sacude á causa de los nuevos elementos de vida social á cuyo influjo se trata de someterla, ó más bien á causa de los que abusan de estas circunstancias para saciar su ambición ó codicia. El cambio ha sido asaz violento, como era natural que fuese; mas, hay quienes, imprevisivos y de ánimo apocado, se han sobrecojido y tiemblan de miedo como muchachos que encendieran una pajuela para quemar una mata de paja, y ven arder una casa. ¡Que arda la casa enhorabuena! ¡Que! ¿no calaron que era preciso demoler casi todo el castillo feudal de la Colonia, para edificar el palacio de la República? ¿No comprenden que las grandes mudanzas traen consigo grandes agitaciones, trabajos y sinsabores? ¿Juzgan que debieron llevarse á efecto por artes mágicas, y que debían realizarse en América los prodigios de las *Mil y una noches*? ¡Inocentes! Aun nos falta muchísimo que trabajar y padecer: hemos edificado muy poco todavía: nuestra obra apenas se levanta un par de codos sobre los cimientos; tenemos que limpiar el terreno en muchas partes cubierto de las cenizas y casco-

tes que dejó el terrible incendio de la revolución colombiana, y esta no es tarea fácil ni de un solo día, ni menos hacedera con teorías utópicas, de esas que algunas cabezas, con más imaginación que juicio, nos regalan todos los días como cosas del cielo, cuando apenas son cosas del aire ó de las nubes.

“Difícil y delicada es la parte que el historiador tiene que tratar después de la guerra de nuestra emancipación política; esa década y media transcurrida desde la disolución de Colombia hasta 1845, es un lapso de prueba tanto más peligroso, cuanto en él palpita la nación ecuatoriana con existencia propia, y muchos de sus acontecimientos, que podemos llamar de ayer, no han podido ser valorados todavía por la opinión uniforme de la sociedad. Andar apoyado en la crítica filosófica por entre el ruido y el humo de las conmociones intestinas, tratando de descubrir la verdad en el corazón mismo de los partidos políticos, para exponerla con noble desenfado en el cuadro de la historia, ¡qué empresa tan ardua! Las revoluciones son pocas veces justificables, porque casi siempre tienen por origen la ambición, muy por maravilla noble, ú otras bastardas pasiones de caudillos ó de bandos, y no el interés de la libertad ó del pueblo; que todos sacan á plaza para justificarse y buscar el buen fallo de la opinión. Pero los pueblos son á veces como las telas de amianto: es preciso arrojarlos á las llamas de la revolución para limpiarlos de sus inmundicias. En este caso, en vez de condenar al que enciende esas llamas y echa en ellas al pueblo, es preciso tejerle coronas: la revolución deja de ser un mal, el revolucionario es un genio benéfico. Pero ¿cómo distinguir fácilmente en esta materia lo útil y bueno de lo innecesario y pernicioso? Esta separación debe ser forzosamente obra del tiempo, cuando hayan desaparecido del mundo los contendores, se hayan enfriado las pasiones y nivelado todos los intereses, y, sobre todo, cuando los resultados, con su lógica invencible, hayan confirmado ó echado por tierra el pensamiento que les sirvió de causa.

«El Dr. Cevallos, al colocarse á las puertas de una nueva nación en 1830, lo hará sin duda con firme planta y podrá decirnos, señalándonos lo pasado: «Ved cuánto tengo recorrido sin dar un solo traspié, sin vacilar por ningún obstáculo, ni deslumbrarme ante ningún perso-

naje, ni con hecho ninguno: así continuaré». Y cierto, lo historiado en los tres tomos que hasta aquí hemos visto, es segura garantía del recto desempeño de lo que va á seguirse. Además, Cevallos no puede ya recalcitrar ni torcer por otro rumbo: se halla entre un pasado que le impele á saltar sobre cualquiera dificultad y pasar del año 30, y un porvenir que le atrae con fuerza magnética hacia 1845.....»

No nos hemos arrepentido de esas líneas que escribimos ahora cuatro años. Los tomos que han aparecido después han corroborado nuestra opinión.

Si nos propusiésemos hacer un nuevo examen del *Resumen*, sin tener delante el anterior, el resultado sería el mismo, pues, lo que añadiríamos, quitaríamos ó corrigiéramos, no sería sustancial, y el juicio, en su fondo, no nos acusaría de inconsecuentes ni contradictorios.

La obra no tiene indudablemente todas las condiciones que ha menester una historia para ser perfecta; pero sí tiene las necesarias para ser apreciable y pasar como buena á la posteridad. No todos los historiadores son Tucídides y Tácitos; mas, ¿qué fuera de los fastos de las naciones, si exigiésemos que todos sean escritos por plumas de grandes maestros?

Cevallos relata más que raciocina; indaga más que falla; en algunos sucesos parece que fia demasiado del discernimiento del lector, y se limita á exponerlos; en otros deja toda la responsabilidad á los que le han suministrado las noticias; no faltan veces en que pasa como un relámpago sobre puntos que merecen más detención. Ha querido inclinarse más bien á la antigua manera clásica, desnudándose del espíritu filosófico de que tanto abusan algunos historiadores modernos, y creemos que ha hecho bien. Echar á volar opiniones más ó menos brevidas ú originales, sembrar paradojas en cada página, forjar imágenes absurdas, hijas de la comezón de parecer escritores de numen, fecundidad é independencia y no del amor á la verdad y la justicia, no es filosofar: es hacer todo lo contrario, ó cuando más, es charlar en frases de oropel para ser aplaudido de los tontos; y ¡desdichado del escritor que de tales aplausos es objeto! Cuando no se puede ser verdadero historiador filósofo, vale mucho más ser verí-

dico y sencillo cronista. Si no hay seguridad de que los hechos han de ser sondeados hasta en sus más leves causas primordiales para deducir de ellos clara y palpable la verdad histórica, es loable cordura no tocarlos con el escalpelo de una crítica que sajaría y cortaría donde no conviene, haciendo mucho mal y no bien ninguno.

No queremos decir que el *Resumen de la Historia del Ecuador* es una simple crónica; sólo queremos recomendar el tino con que su autor ha evitado el incurrir en un defecto que habría disminuído el mérito de su trabajo. Le perdonamos de buena voluntad, en gracia de lo acertado y oportuno del servicio que ha prestado á los ecuatorianos con su *Resumen*, las faltas, no de bulto, cierto, que en él notamos; mas, si le hubiéramos hallado filósofo pedantesco, este juicio que hoy damos á luz saldría con muy diversos colores: esto es, pondríamos á un lado á nuestro amigo el Dr. Cevallos, y fustigaríamos al escritor.

El *Resumen* ha sido bien aceptado dentro y fuera de la República, y su autor honrado con la felicitación de personas ilustradas y de valer social y literario. Entre las pocas censuras que se le han hecho, merece ser notada la que, en una larga serie de artículos publicados en *La Verdad*, periódico de Quito, impugna el capítulo que el historiador ha dedicado á los Padres Jesuítas. Artículos bastante bien escritos, pero, en nuestro concepto, no dictados por una estricta justicia, sino por un exagerado celo en favor de la Compañía de Jesús. Hemos sido y somos no solamente partidarios, mas también admiradores de este célebre instituto que tantos bienes ha hecho á la religión y á la humanidad; sin embargo, nunca hemos creído que han bajado ángeles del cielo para formarlos, sino que se compone de hombres vulnerables por las tentaciones del mundo. Al condenar con indignación las siniestras miras de sus enemigos y la mala fe con que le han calumniado, perseguido y martirizado, la pasión no nos ha puesto tales vendas que no podamos ver en la historia algunas páginas relativas á los jesuítas, no á la Compañía, comprendásenos bien, en que las tendencias de la flaca materia aparecen triunfantes sobre el espíritu evangélico. Hay, además, otra circunstancia que no debemos dejar desadvertida, y es que el Sr. Cevallos en su *Resumen* vence al autor de aquella censura en templanza y miramiento.

Es lástima que la parte tipográfica de la obra no merezca ningún elogio: se han cometido errores numerosos y sustanciales que han arrancado amargas quejas al autor, y que la fe de erratas no ha podido corregir del todo.

Antes y después del *Resumen*, el Dr. Cevallos se había ocupado en otros trabajos de menos aliento, pero hartamente apreciables. El periodismo nacional le debió algunos artículos de actualidad, cuadros de costumbres y traducciones, de los cuales hablamos antes; pero las producciones que merecen mención especial son: el *Breve catálogo de los errores que se cometen, no sólo en el lenguaje familiar, sino en el culto y hasta en el escrito*, que publicó por primera vez en 1862, y cuya cuarta edición ha salido á luz el año próximo pasado; las biografías de algunos *Ecuadorianos ilustres* impresas en *El Iris*, periódico literario de Quito, que se publicaba aquel año; y las *Instituciones del derecho práctico ecuatoriano*, dadas á la estampa en 1867. Actualmente tiene preparado un *Compendio de la Historia del Ecuador* que el Consejo General de Instrucción Pública ha declarado texto de enseñanza para las escuelas de la República. (\*)

El *Breve catálogo* es un libro en 8º mayor, de unas 147 páginas y de grande é incuestionable utilidad. En estos tiempos en que se da preferencia á los intereses tangibles y positivos sobre todos los otros, el de la lengua no es de los más bien librados. Se pregona civilización por todas partes, y se olvida uno de sus principales elementos, cual es el habla. Con ésta sucede lo que con las costumbres: su corrupción va á par de los adelantos de las naciones. El mal en ambos casos está en que en nuestro siglo todo se va materializando: los sentidos triunfan y el espíritu sucumbe. Con tal que se gane dinero ¿qué importa el lenguaje que se emplee en los negocios? Con tal que haya goces sensuales ¿qué importa el lenguaje que se emplee en buscarlos? Haya riqueza, haya vino, haya bailes, haya mujeres bonitas, y luego mujan, gruñan ó rebuznen los hombres. Bien vistas las cosas, á eso parece que se trata de reducir la cultura moderna, amén, se entiende,

---

(\*) De esta obra, que aún sirve de texto en los colegios y escuelas de la República, por repetidas declaraciones del Consejo Superior de Instrucción Pública, se han hecho hasta aquí cuatro ediciones, hallándose actualmente en preparación la quinta. [N. del E.].

de la abolición de toda creencia, de todo freno, de toda moral. Si á este paso sigue civilizándose el mundo, ¡qué bella y encantadora ha de ser la sociedad á la vuelta de un siglo!

Apasionado el Dr. Cevallos de la pureza y galanura del español, ha hecho sobre él prolijos é importantes estudios, como lo demuestra principalmente su académico discurso puesto como introducción al *Breve catálogo de galicismos*, que corre anexo á la obrita en que nos ocupamos. No contento con esos estudios ni con difundir por medio de la imprenta sus enseñanzas y correcciones, se propasa hasta ser intolerante con sus amigos, quienes si no andan cuidadosos en la conversación y en la correspondencia familiar, se ven expuestos á las advertencias inesperadas que les dirige en tono festivo, acerca del error de lenguaje que se les ha escapado.

Este celo es muy provechoso, y no hay duda que ha contribuído á depurar el habla castellana entre nosotros, siquiera en el círculo de personas juiciosas que comprenden cuánto importa conservarla pura. De unos veinte años acá, hablamos menos mal, y como ya se tiene vergüenza de no conocer el idioma paterno, hay esperanzas de mayor adelanto.

Sin embargo, el *Breve catálogo* es todavía incompleto, y nuestro lenguaje, en especial en el trato familiar, es abundante en vicios. Además, el autor ha padecido algunas equivocaciones, y la crítica las ha tildado con justicia. Pero ¡qué! si esta lengua *cervantina* es un diablo! y más diablos nosotros que no podemos dejar de maltratarla! Paciencia, maestro, paciencia, y Ud., y sus discípulos y todos cantemos en coro estos significativos versos del satírico Persio:

*Rupi jam vincula.....  
Nam luctata canis nodum arripit; attamen illi,  
Quum fugit, á collo trahitur pars longa catena.*

Los resabios que nos quedan son los restos de nuestra cadena de galicismos, neologismos, barbarismos & &, y con esos eslabones colgados al cuello iremos aún muy lejos, y los dejaremos en herencia á nuestros hijos, nietos y bisnietos.

Las biografías son hijas legítimas del autor del *Resumen de la Historia del Ecuador*: preciosos retratos del poeta P. Aguirre, del historiador P. Velasco, del sabio Maldonado, del geógrafo Alcedo. Ojalá completase la galería entresacando de nuestro panteón de personajes célebres los que le pareciesen más conspicuos. Los señores Olmedo y Rocafuerte, por ejemplo, no tienen biografías, y su ilustre memoria las reclama. Ese trabajo sería motivo de verdadera satisfacción para los ecuatorianos, y robustecería más el lauro del escritor ambateño.

Las *Instituciones del derecho práctico ecuatoriano*, en su género, son también de mérito, y han facilitado el curso de la materia á los jóvenes estudiantes de jurisprudencia.

## V

El Dr. Cevallos, á más de los empleos públicos que hemos mencionado, ha obtenido otros posteriormente. En 1865 y 66 desempeñó interinamente la Cátedra de Derecho Práctico en la Universidad Central, la que le fue conferida en propiedad en 67, con motivo de la obra de texto de que acabamos de hablar, y conforme á una ley vigente. En el mismo año 67 concurrió, como Senador por la provincia de Tungurahua, á la Legislatura ordinaria, y en el siguiente á la extraordinaria, convocada con motivo de la elección de Presidente que entonces se hizo para reemplazar al Sr. Carrión. En la primera fue nombrado miembro de la *Comisión codificadora*, cuyos trabajos quedaron trancos con la transformación política que sobrevino en Enero de 1869.

La senaduría de 1867 le trajo sinsabores que, por su conducta moderada y circunspecta, estaba muy lejos de merecer.

Creemos oportuno referir lo que presenciarnos entonces, y para hacerlo tomamos algunos breves apuntes de nuestro libro de memoria.

Introdújose en la Cámara de Diputados una acusación contra el Presidente de la República y el Ministro de lo Interior. Se declaró exento de responsabi-

lidad al primero; el segundo no pudo sincerarse y la acusación fue llevada al Senado para que diese su fallo. Temió el Ministro, y juzgó que no habiéndole quedado expedita ninguna vía legal para salvarse, debía buscarla en las intrigas palaciegas, manejándolas de manera que, ó anulasen la acción de las Cámaras reduciendo á minoría el partido que le era adverso, ó fallasen en su favor ajustadas por el miedo.

Se engañó el Ministro en el concepto que se formó del carácter de los legisladores; unos por honradez y dignidad, otros por espíritu de bandería, lo cierto es que había poquísimos capaces de dejarse domeñar por la errada política ministerial.

Fingióse, pues, una revolución que debía estallar de un momento á otro, confabulándose los ecuatorianos emigrados en el Perú con los liberales residentes en la República, contándose entre estos, según se susurraba, algunos que pertenecían á las Cámaras. Se recibieron y despacharon postas; se pusieron en movimiento, sin que supiesen porqué, Ministerio de Guerra, Comandancia General, cuarteles y guardias nacionales, y se hicieron algunas prisiones. Las Cámaras interpelaron al Gobierno para que expusiese los motivos de tanta alarma, y el Ministro de lo Interior contestó que muy luego les presentaría la documentación que estaba preparando. El Ministro de Guerra y Marina aseguró (¡cosa rara!) que nada sabía, pues, no se le había hecho tomar parte en los secretos de gabinete.

Desempeñábamos entonces la Oficialía mayor del Ministerio de lo Interior y Relaciones Exteriores, y muchos de nuestros amigos nos creían, con tal motivo, instruidos en los planes revolucionarios descubiertos por el Gobierno. Así debía ser; mas, el Ministro se nos mostraba tan reservado, que escribía ó dictaba personalmente ó en secreto todo lo relativo á este asunto, y se limitaba á asegurarnos que los documentos que poseía no dejaban duda acerca de la revolución que los liberales fraguaban. Extraño era en verdad que no se nos quisiese participar más claramente lo que se decía descubierto; sin embargo, no teníamos porqué sospechar que no fuese cierta la tentativa, cuando en esos tiempos hacer una revolución era lo más fácil del mundo, y cuando, en efecto, se la temía desde mucho antes.



Iban así las cosas, cuando el Dr. Cevallos nos encontró un día al dirigirse á su Cámara, y nos dijo:—¿Qué hay de revolución? Todos aguardan con inquietud que se revele al público el misterio, y yo también tengo curiosidad.—Francamente, sólo el Presidente y su Ministro saben lo que hay, le contestamos; pero las medidas que toman, con exceso de reserva, dan á conocer que son ciertas las noticias.

—Pero es muy extraño tanto sigilo hasta con el Congreso que debería saberlo todo para que pueda ayudar al Gobierno á conjurar el mal.

—Así debería ser, si el Gobierno tuviera más confianza en el Congreso.

—¡Ta, ta! con que sospecha de nosotros? Si así andan las cosas, dijo Cevallos riéndose, ya tengo duda de que sea verdad la conspiración. Con todo, si es cierto lo que se dice, justifico las medidas del Gobierno: que se maneje tieso y castigue á los culpados. Estas revoluciones de todos los días no dejan vivir.

El que así hablaba á las diez del día, cinco horas más tarde y al salir de su Cámara era llevado preso al cuartel, con indecible sorpresa suya, en junta de otros Senadores y Diputados, ¡por revolucionario!

Y preso se mantuvo algunos días, hasta que precipitados los sucesos, que la Historia recogerá con cuidado y que no es necesario apuntar aquí, y cambiado el Ministerio después de los escándalos del 3 de Octubre, fue Cevallos puesto en libertad como sus compañeros, y todos volvieron á ocupar los asientos del Congreso, de los que tan violenta é inicua mente los habían arrancado las manos de una desmañada y culpable política de circunstancias.

Ocupado nuevamente en las tareas de la Legislatura, una de las más borrascosas del Ecuador, pero que, dicha sea la verdad, en su lucha con el Ministerio se llevó el lauro en toda justicia, el Dr. Cevallos fue uno de los de la mayoría que en la sesión del 5 de Noviembre, lanzó contra el Presidente de la República el terrible *voto de censura*, sellando con él sus actos y consumando la crisis ministerial con la renuncia de aquel Magistrado, verificada al siguiente día.

VI

El Dr. Cevallos no ha querido volver á su país natal; vendió los escasos bienes que en él poseía y ha fijado definitivamente su residencia en Quito.

No es difícil explicar porqué la mayor parte de los hombres de talento y luces gustan establecerse en las grandes ciudades, en especial en las capitales, pues, encuentran en ellas lo que por lo común escasea en los lugares cortos: sociedad más numerosa y animada, hombres ilustrados de controversia y de consulta, ricas bibliotecas, abundantes archivos, muchos periódicos, grande acopio de noticias, en una palabra, más vida y más mundo.

No faltan quienes hablen del amor que tienen á su comarca, su aldea, su choza, que se encantan con el recuerdo de la selva en que daban deliciosos paseos, del río en que se bañaban, de la soledad y el silencio en que se creyeron inspirados poetas; pero obran como opuestos á la soledad, á la selva y á la choza, á todo lo que no es ciudad ni corte, á todo lo que no es movimiento y bullicio.

Buenas razones de conveniencia personal podrían alegar los que así proceden; pero no cabe duda que el alejamiento del techo propio, del corazón de la patria, por parte de los hombres ilustrados, es una de las principales causas de que no progresen mucho los pueblos pequeños, y de que vegeten bajo la influencia de cierto malestar social indescifrable.

En todo caso, entre la conveniencia particular y la del propio pueblo, han optado por la primera, y preguntamos nosotros, ¿cómo se llama el sentimiento que ha decidido la elección? Algunos responden: Necesidad. Muchos guardan silencio por no contestar. . . . . Egoísmo. Puede ser esto: es tan poderosa la inclinación humana á buscar el propio bien, no sólo mirando con indiferencia el ajeno, sino hasta sacrificándolo; mas, no puede dudarse que á veces la necesidad se impone, porque es sabido que en los pueblos cortos, en los círculos sociales estrechos, estrechas y mezquinas suelen ser también las pasiones, y, por lo mismo, llena de estorbos y malestar la vida intelectual y pública y aún la vida íntima de la gente de mérito. «Corte ó cortijo», dice el adagio español, y lo juz-

gamos más aplicable á esta laya de personas que á las comunes con las cuales poco ó nada tienen que hacer la envidia, el deseo de abatir lo que sobresale y brilla, y otra porción de emponzoñados afectos cuya influencia es menos activa en las grandes ciudades que en las pequeñas.

No queremos que el Dr. Cevallos conteste á nuestra interrogación: ¿Necesidad? ¿Egoísmo? pues, pudiera verse embarazado; mas, cualesquiera que sean los motivos que le han detenido por siempre lejos de Ambato, es preciso confesar que no se ha enfriado su afecto filial hacia este pueblo que sabe, permítasenos la expresión, hacer tan ambateños á sus hijos. El provincialismo no es malo, cuando se detiene en los límites de lo justo y no lastima los intereses y el amor propio de otros pueblos; por el contrario, es una virtud social tan indispensable para el bien de la provincia, como lo es el patriotismo para el bien de la patria. Cuando el provincialismo se desvirtúa y desciende á ser vanidad lugareña, ya es otra cosa, y nosotros somos los primeros en condenarlo como un vicio ridículo. Esta degeneración suele notarse por lo general en las grandes capitales, donde en proporción abundan los grandes bobos y los *petrus in cunctis* que se venden por hombres de pró.

*La América Ilustrada* de Nueva York publicó, hace cosa de dos años, y con el título *Celebridades ecuatorianas*, una serie de apuntes biográficos; allí figura el Dr. Dn. Pedro Fermín Cevallos, como debía figurar, y se le pinta cual hombre *de carácter honrado, bondadoso y comunicativo, que le hace muy simpático y estimable*. Añadamos el superlativo á las tres primeras cualidades, pues, á fe que les falta, y agreguemos también que es incapaz de hacer ni el más leve daño ni aún á sus enemigos, y sí de sacrificarse en servicio de sus amigos, que son numerosos. En el juicio que forma de los demás hombres, busca siempre argumentos para absolverlos: apenas puede creer que haya maldad en el corazón humano: en sus escritos ha querido á las veces mostrarse más bien encogido, antes que ofender á nadie: así, pudiera apropiarse del verso de Crevillón:

«Jamás la hiel envenenó mi pluma».

Su tolerancia práctica es á prueba de toda contradicción, y grande su firmeza en el sufrimiento de las desgracias.

En política el Dr. Cevallos profesa principios liberales, pero moderados, detesta los extremos y los abusos, condena las utopías y acepta sólo todo lo que, pasando por el cilindro de la lógica, puede adaptarse á la práctica en bien de la sociedad. Inmensa es la diferencia que se nota entre el Secretario General de Urbina de 1851 y el Senador de 1867, como la que va del alegre tuno de marras al juicioso y reposado escritor de hoy en día. Cuando aprendiz de hombre público, ahora veintitrés años, era todavía profesor de epicurismo; en la actualidad, sino maestro en política, en la cual no ha hecho ni ha querido hacer figura, se muestra pensador, escribe con ideas que son propias suyas, y tiene su cortejo de doctrinas y creencias capaces de hacérselos conocer á fondo.

En punto á éstas no estamos acordes, y como él ha querido hacer notar *la especialidad de la confianza y fe que tenemos en los misterios y verdades de la religión de Jesús, que no pertenecen á nuestros tiempos, y que nos atenemos á las lecciones de la madre y las primeras pláticas del cura de la parroquia*, nosotros no queremos malograr la ocasión de corroborar ese aserto, pues, tenemos á mucha honra no haber pensado nunca en andar por otro camino que por el mismo que anduvieron nuestros padres.

La confianza y fe en la religión de Jesús pertenecen á todo tiempo, porque las verdades que enseña pertenecen á todos los siglos, son eternas como el Eterno Ser de quien emanan, y los que desconfían de ellas son dignos de lástima: andan lejos de las fuentes de la vida.

“Si ciertos hombres no llegan en el camino del bien hasta donde podían llegar, ha dicho Labruyere, es por defecto de su primera instrucción». El Dr. Cevallos es uno de los muchos ejemplos que comprueban el dicho del filósofo.

Nuestro amigo oyó á los cuarenta años el *tolle lege* del buen juicio, dejó las licencias de Cartago, pero no tuvo por madre una Mónica que le purificase con el aliento de su corazón santo y con las lágrimas, ni llegó á Milán á recoger la verdad de los labios del grande Ambrosio. No ha leído, no ha meditado, no ha orado, lo que debe leerse, sobre lo que conviene meditar y como debe orarse; por eso

el ilustre historiador, el ciudadano honradísimo, el patriota celoso, el amigo sin tacha, anda todavía alumbrado por la linterna de la ciencia humana, cuando puede serlo por el sol de la fe divina.

Sin embargo, tenemos presente una costumbre de nuestros abuelos, que todavía no ha desaparecido del todo: cuando concluían un edificio, un monumento cualquiera, lo coronaban con una cruz. Sorprendentes son los esfuerzos que el Dr. Cevallos ha empleado para levantar el monumento de su regeneración moral y gloria literaria, y creemos que al fin se acordará de aquella santa costumbre.

No se crea que le falte el signo de la fe, no: lo posee, mas, lo conserva cubierto con el velo de la preocupación tejido en otros tiempos; sólo le falta valor para descubrirlo y ponerlo en alto. Cuando tal haga, habremos de romper con mucha satisfacción esta página de su biografía.

Muchos hombres célebres han terminado acogiéndose á la fe cristiana y al amor de la iglesia. Montaigne, el frío escéptico que tomó por lema de su filosofía el *¿qué se yo?*, hizo una peregrinación á *Nuestra Señora de Loreto*, y murió durante una misa que mandó celebrar en su aposento; Montesquieu murió abrazado de la cruz y en brazos del cura de San Sulpicio; La Harpe que pasó su vida embebecido en la impiedad del siglo XVIII, se convirtió con la lectura de la admirable *Imitación de Cristo*, y su muerte fue edificante; Stolverg quiere hacer una simple comparación entre varios controversistas, lee algunos libros católicos, y es llevado por la verdad al seno de la Iglesia, y en él pasa los últimos años de su vida, y en él muere la muerte del justo.

La Academia española ha nombrado al Dr. Cevallos miembro de la correspondiente que debe establecerse en nuestra República. Justo y acertado nombramiento: de hombres como él que poseen buenos conocimientos filológicos, que gustan de estudiar y son apasionados defensores de la lengua materna, debe esperar aquella sabia é ilustre Corporación ayuda constante y provechosa en su noble propósito de sostener en la América latina los fueros y alto prezo del habla y de las letras españolas. (\*).

---

(\*) Aquí terminaba esta biografía cuando la escribió el Sr. Mera y la publicó, por primera vez, el año de 1874. El autor le agregó el capítulo final en 1893, á raíz de la muerte del Dr. Cevallos. (N. del E.).

V I I

Dios nos ha dado vida para escribir el capítulo final de la de nuestro amigo sobre la loza de su sepulcro.

No hay mucho que decir de los diez y nueve años transcurridos desde que trazamos los capítulos anteriores. Los días del Dr. Cevallos desde entonces hasta que se le abrieron las puertas de las regiones misteriosas que llamamos eternidad, fueron tranquilos y dulces como su genio y su pensamiento. Los grandes sucesos que conmovieron la patria desde 1875 hasta 1883, le sacudieron el alma: el asesinato de García Moreno le indignó. "Este crimen atroz, nos decía, va á ser fecundo en desgracias para la Nación". La muerte desastrada del Ilmo. Arzobispo Checa le horrorizó. Pero buscaba en la historia de otros pueblos sucesos parecidos, filosofaba acerca de unos y otros: "Son cosas de las pasiones dañadas de los hombres, decía, que vienen repitiéndose de siglos atrás y que seguirán escandalizando al mundo por otros y otros siglos más", y tornaba al socio que le había llegado á ser habitual.

63 Aunque no tomaba parte en la política, sino con la mera calmada demostración de sus opiniones, se le tuvo, con justicia, como partidario decidido de la candidatura del Dr. D. Antonio Borrero, y durante su corta presidencia desempeñó el cargo de Ministro Juez de la Corte Suprema, en virtud de la elección hecha en él por el Congreso de 1875. En ese tiempo Cevallos no tuvo otra contrariedad ni más disgusto, que verse envuelto en ciertos enredillos palaciegos ocasionados por la virulenta pluma de D. Juan Montalvo y la caída del Ministro D. Manuel Gómez de la Torre, amigo íntimo de Cevallos. Mucho fue que éste no se viese en mayores apuros, pues, carecía casi totalmente de la penetración, sagacidad y malicia necesarias para terciar en lo que por aquí se llama política, no siendo las más de las veces sino farsa ridícula tejida de aspiraciones particulares, en la cual los hombres honrados y de nobles aspiraciones, como el Sr. Gómez de la Torre y el Dr. Cevallos, se llevan lo peor.

La traición del 8 de Septiembre de 1876 derribó del solio al Dr. Borrero y, desde los sangrientos campos de Galte, llevó al General Veintemilla al poder. El Dr. Cevallos volvió á la sombra de la vida privada, sin que ni durante los trastornos de la revolución ni después hubie-

se sido molestado por el dictador. En 1881 abrió algún tanto la puerta del hogar para que entrase una breve ráfaga del viento de la política: tratábase de la candidatura de nuestro inmejorable amigo D. Julio Zaldumbide, y Cevallos, como otros patriotas, se dejaron halagar por la esperanza de ver en la primera magistratura de la República á quien por sus luces y virtudes harlo la merecía. Esa esperanza no podía cuajar, porque no lo consentía la ambición de Veintemilla que tenía un buen ejército de soldados y otro de miserables aduladores para oponerlos á una elección legal. En efecto, ese doble ejército sirvió para que Veintemilla conspirase contra su propia autoridad, á fin de prolongar indefinidamente su poder dictatorial. El mes de Marzo de 1882 fue señalado por este escándalo, y desapareció la candidatura de Zaldumbide, y Cevallos y todos cuantos la sostenían se metieron en sus conchas, unos, como nuestro amigo, para no salir de ellas, otros para dejarlas luego á luego y comenzar la lucha larga, tenaz y heroica que acabó por ahogar la dictadura en lagos de sangre.

El Congreso constituyente reunido en 1883 para organizar la República después de la guerra, tratándose de arreglar los tribunales de justicia, no podía olvidar al Dr. Cevallos, y le eligió para la Corte Suprema en calidad de Ministro Juez. Pocos años permaneció en este honroso empleo, dos veces confiado á sus luces y acrisolada probidad; pues, desde antes que el Congreso le eligiera, había comenzado á sentir opacidad en los ojos. Creyóse al principio que no era sino cansancio de la vista; mas, pronto los médicos descubrieron señales de cataratas, y sus diligencias para atajar el mal fueron inútiles. Cuando ya le fue imposible trabajar en el Tribunal, hubo de dimitir su cargo. Por el mismo tiempo renunció la Dirección de la Academia Ecuatoriana. La vida intelectual activa había terminado para nuestro amigo.

La Academia, después de aceptada la renuncia, dirigió por medio de su Secretario el siguiente oficio al ilustre cesante:

“Al Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos.

Quito, á 9 de Marzo de 1890.

Señor:

La Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española de la Lengua, reunida hoy con el fin de elegir

nuevos empleados, tuvo la dignación de nombrarme para su Secretario y de encomendarme, como á tal, que dirigiese á Ud. este oficio, expresándole la profunda gratitud que Ud. se merece de la Sociedad, por el tino, acierto y sabiduría con que la ha dirigido desde su fundación, y el vivo pesar que experimenta porque los achaques de Ud. la priven de un Director que, como Ud. benemérito de las letras patrias, tenía pleno derecho á gobernarla á perpetuidad, con los legítimos títulos de iniciador entre nosotros de las disquisiciones lingüísticas y de esclarecido decano de la literatura ecuatoriana.

Honrado con el grato encargo de transmitir á Ud. el referido acuerdo, y en extremo complacido de que la Academia me presente oportunidad de manifestar á Ud. mi afecto y veneración, me repito de Ud. atento y obsecuente S. S.

*Carlos R. Tobar*".

"Los que hicisteis la visita oficial,—dice el Dr. D. Julio Castro en su *Elogio fúnebre* del Dr. Cevallos,—que con tal motivo la Academia resolvió hacer á su Director cesante, fuisteis testigos de la viva emoción con que el venerable anciano se hizo leer el oficio que se le dirigía, en contestación á su renuncia, y recibió el tributo de respeto y simpatía rendido por sus compañeros".

El Dr. Cevallos, por extremo sociable y comunicativo, gustaba de visitar á sus amigos y frecuentaba, sobre todo, la tertulia de la familia Gómez de la Torre, en la cual era querido y tratado como si fuese miembro de ella. Por las noches solía ser su distracción favorita el juego del ajedrez con el Dr. D. Antonio, respetable cabeza de una de las ramas de esa noble y distinguidísima familia. Desde que se remató su ceguera, nuestro amigo llevó una vida de retraimiento casi absoluto; pero gustaba de que le visitasen las personas de su confianza y de hablar con ellos sobre cosas relativas, ya al progreso de la patria, ya á la bella literatura. El Sr. Dn. Federico Donoso, su amigo y Director de la Biblioteca Nacional, concurría casi todas las mañanas á darle una ó dos horas de lectura; ó, cuando el tiempo estaba bueno, daba el venerable ciego, con gran satisfacción, su paseo por la Alameda, sirviéndole de lazavillo algún pariente ú otra persona. En los postreros días



el Dr. D. Luis Cordero, actual Presidente de la República, se agradaba en tomarle en su coche para hacerle dar vueltas por la ciudad ó sus cercanías.

La ceguera y la dificultad consiguiente de instruirse por sí mismo de lo que deseaba saber, habían avivado su curiosidad: todo lo preguntaba. Le placía especialmente imponerse de las cosas de su Ambato. Había contribuido á la formación de la Biblioteca de esta ciudad, á la cual regaló su librería. Los progresos de sus paisanos le llenaban de entusiasmo, y nunca le faltaban razones para disculpar sus defectos y errores.

Era admirable la resignación con que nuestro amigo sufría la desgracia de haber perdido la vista, y los demás achaques de la vejez; y no sólo se le veía resignado, sino que hasta conservaba su buen humor y se chanceaba con sus amigos. "La edad que de tiempo atrás me he señalado, repetía alegremente, es la de 83 años, y he de llegar á ella". "Yo he de alcanzar, decíanos una vez, á dictar su necrología, y he de decir en ella que Ud. no supo, como yo, gozar de la vida".

La ecuanimidad y aquella satisfacción y contento de la suerte, sea cual fuese, que admiramos en pocos seres privilegiados que han pasado á la Historia, no requerían esfuerzo ninguno de parte del Dr. Cevallos: con ellos y para ellos le había formado la naturaleza; en no haber pretendido contradecir á ésta para modificar ó cambiar el carácter, consiste talvez su mérito bajo este aspecto. Si hubiese vivido en tiempo de Anaxágoras, quizás habría pertenecido al número de sus discípulos; bien es verdad que el filósofo griego era siempre grave en la apreciación de las cosas y en la manera de expresar sus pensamientos, y Cevallos solía darse á las humoradas y burlas, ó, cuando menos, gastaba franquezas.

Sobre algunos puntos de moral, y especialmente en materias religiosas, tenía ideas erróneas que habían como forrado de una dura costra su inteligencia. Satisfecho de ellas, no aceptaba nada que pudiese modificarlas ó cambiarlas, y era inútil discutir con él, porque cuando se veía apretado por la lógica de un argumento, soltaba una chanza volteriana para eludirle. La burla era el aceite del gladiador con que se untaba para que no le asiese el contrario. Daba pena y disgusto el hallar á un hombre tan bueno, tan inofensivo, tan acúcioso en practicar el

bien para con sus amigos y tan sin hiel para los que le ofendían, incapaz de comprender la verdad religiosa y adverso á todo estudio que pudiera acercarle á ella. Sin embargo, creía en Dios, en la inmortalidad del alma y en la justicia distributiva de la eternidad; y aún, ultimamente gustaba de orar, pues, recitaba todos los días, puesto de rodillas, la oración dominical, según él mismo nos lo aseguró muchas veces. Y no penetraba la inconsecuencia en que incurría al orar como cristiano negando á Jesucristo, al pedir el *reino de Dios* rechazando la verdad que abre sus puertas, y que seamos librados del mal al tiempo mismo que prescindía de la fuente del bien. Tal inconsecuencia provenía de la falta de estudio y meditación, y esta falta era hija de la preocupación del libre-pensador que en Cevallos, como en otros muchos, había roto la armonía entre la inteligencia y el corazón. Cevallos tenía éste naturalmente religioso, y por eso era naturalmente bueno, mas, en cuanto á su inteligencia, ya lo hemos dicho, conservábala cubierta de la costra de las malas ideas en su mocedad adquiridas en lecturas ponzoñosas y en el trato de aquella gente frívola, que riñe con la fe para afanarse de ilustrada; y por eso no comprendía bien al mismo Dios á quien invocaba, y no podía juntar á las virtudes que da la naturaleza las virtudes cristianas que las perfeccionan y hacen fecundas y vigorosas. Cevallos era un filósofo de la antigua Grecia, que rezaba el *Padre nuestro* porque había nacido en tiempos cristianos.

Sin embargo, tanta hombría de bien, tanta bondad y dulzura de carácter, tanto desprendimiento y generosidad como atesoraba nuestro amigo, no han debido pasar desapercibidos á los ojos de la Justicia divina ni, por lo mismo, quedar sin la remuneración necesaria. Dos años le faltaban para los *ochenta y tres* que se había propuesto vivir, cuando vino la enfermedad á anunciarle que su lecho estaba listo en el cementerio y abierta para su alma la puerta del otro mundo. Cevallos conoció que no había escape; mas, vio venir la muerte con la serenidad más admirable, y arregló todos sus asuntos domésticos de manera que no ocasionasen dificultad ninguna á sus herederos. "No parece, nos decía uno de sus deudos, que se prepara al viaje á la eternidad, sino á Ambato, ó á cualquier otro lugar". Con todo, está podía decirse del cuidado con que todo lo ordenaba y de la tranquilidad que en ello emplea-

ba; pero en cuanto á su suerte futura, ya no le fue indiferente morir como cristiano ó como simple deísta: es cosa demasiado seria y grave eso de salirse uno para siempre de este mundo sin haberse preparado para el eterno, en donde no se corrigen errores ni se remedian daños. Indudablemente, mientras el Dr. Cevallos mostraba tanta calma y fuerza de ánimo al acercarse á su fin, interiormente estaba sacudido por hondas sospechas y temores. Los argumentos de hecho de la muerte no se contestan con chanzas. La disyuntiva de: ó vida eterna con Jesús, ó eterna muerte sin él, no tiene sino una salida para el alma que fue iniciada en el cristianismo y que, siquiera en sus últimos momentos de permanencia en la tierra, medita seriamente en el destino que la aguarda en las regiones misteriosas de ultratumba; y esa salida no puede ser otra sino la de buscar la reconciliación con el Hijo de Dios y morir abrazado de Él. Pocos días antes que muriese, díjonos con cierto tono de satisfacción y confianza:—¿Ya sabe Ud. que voy á confesarme?—Hará Ud. muy bien, nos limitamos á contestarle.—Sí, añadió, voy á prepararme á morir, y he mandado llamar al Dr. González Suárez para que me arregle.

En efecto, su amigo el ilustre presbítero que con él comparte la gloria de patrio historiador, juntó también su nombre al de Cevallos en la última página de la vida de éste, oyéndole en confesión. Cevallos relató al sacerdote la historia íntima de su alma y corazón, sin duda con la misma buena fe y sencillez con que había contado al mundo la historia de la patria. Después pidió el venerable enfermo que le administrasen el Santo Viático.—Que me le traigan con música y pompa, dijo á su confesor.—¿Y para qué desea Ud. eso?—¿Para qué? Para que sepa todo el mundo que el herejazo de Cevallos ha muerto católico.

Talvez quiso esa pompa como una tácita retracción de su heterodoxia. Diósele gusto: el 19 de Mayo, á las 8 de la mañana, se le llevó al Santísimo en solemne procesión, á la cual concurrieron las personas más distinguidas de la sociedad quiteña, silenciosas por acatamiento á la Divinidad que iba en medio de ellas, apesaradas porque iban á perder á su querido y respetado viejo escritor. El 21 del mismo mes, á las dos y media de la tarde, Cevallos no existía.

Su muerte fue sincera y generalmente sentida. A nosotros que le debimos una larga, firme é íntima amistad y un cariño que no menguó jamás, nos cayó el golpe en el corazón de manera cruel. Cevallos era uno de los eslabones de oro de la cadena de nuestras conexiones; se rompió como otros, y la cadena va acortándose tantol....

Al día siguiente, después de las exequias que le mandó celebrar la familia, sus amigos y sus admiradores condujeron el cadáver al Cementerio de San Diego, y le consagraron sus últimos suspiros y adioses. ¡Ojalá no se pase mucho tiempo sin que la patria honre á su primer historiador con algún monumento digno de su memoria.

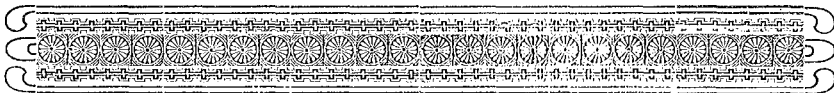
El 4 de Julio la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española, le dedicó los funerales que para sus miembros prescriben los Estatutos. Después de las ceremonias religiosas, la Corporación tuvo junta extraordinaria, y en ella, en presencia de selecto concurso, el Dr. Dn. Julio Castro, Director actual de la Academia, leyó un bello *Elogio fúnebre* del difunto compañero y amigo.

También, como era justo, los ambateños honraron la memoria de su esclarecido paisano con exequias y velada literaria.

*Quito, á 10 de Setiembre de 1893.*

**Juan León MERA.**





## ELOGIO FUNEBRE

DEL

Sr. Dr. Dn. Pedro Fermín Cevallos

LEÍDO, EN SESIÓN PÚBLICA, POR EL DIRECTOR  
DE LA ACADEMIA ECUATORIANA CORRESPONDIENTE  
DE LA REAL ESPAÑOLA,

Señor Dr. Dn. Julio Castro

---

### I

Voy á delinear un mero esbozo, para que lo perfeccione una mano más hábil que la mía. Es el de un anciano bondadoso, que se ha extinguido dulcemente en medio de los suyos, rodeado de la estimación y el respeto de sus amigos. Y amigos del Dr. Cevallos fueron cuantos con él habían departido, siquiera fuese de paso; pues, el ilustre fallecido, merced á lo apasible de su condición, la amenidad de su trato y su extremada tolerancia en orden á ideas y opiniones contrapuestas á las suyas, no tuvo un solo enemigo, cuando para él se abrieron las puertas de la eternidad. El Dr. Cevallos era incapaz de hacer el más leve mal á nadie, á lo menos con ánimo deliberado: no por apocamiento, ó por falta de viril entereza sino porque la innata bondad que

formaba la base de su carácter no le permitía que abrigara ninguna pasión rencorosa. Y así, evitando toda tormenta, hizo su postrer etapa en el viaje de la vida, por ruta llana, tersa y bonancible, no obstante las dolencias y la escasez de recursos, que fueron el cortejo de su honorable y plácida ancianidad.

Octogenario y ciego, conservaba siempre su admirable serenidad de espíritu, y suplía la luz material con la irradiada de su distinguida inteligencia, á fin de matar las tristes horas de la eterna noche de sus ojos, siguiendo con vivísimo interés el movimiento literario de su patria, movimiento que de él había recibido su principal impulsión. En efecto, el Dr. Cevallos ha sido considerado, y con sobrada razón, como el Néstor de la actual literatura ecuatoriana; y si hoy es nuestra patria uno de los pueblos de origen español en que con más pureza se emplea la hermosa lengua castellana, débese á los imponderables esfuerzos que ese eminente filólogo y distinguido hablista hizo para depurar el lenguaje vulgar, y aun el escrito, de las voces exóticas y bárbaras que en ellos se habían introducido, por falta de centinelas tan vigilantes como él.

Pero quédese esto para su lugar oportuno. He querido, ante todo, poner en relieve el carácter y condición de mi respetado amigo; y, cumplido mi propósito, permitidme, señores académicos, que al declarar, como Director de la Academia Ecuatoriana, correspondiente de la Real Española, la vacante inllenable que ha quedado en nuestras filas, trace, siquiera sea á vuela pluma, los principales rasgos de la vida literaria de nuestro deplorado compañero, á quien nos habíamos acostumbrado á tener por maestro y guía, en lo tocante á los trabajos propios de la mentada corporación.

## II

El Sr. Cevallos nació el 7 de Julio de 1812 en Ambato, suelo fecundo y privilegiado que ha producido escritores, estadistas y magistrados de elevadísima talla, entre los cuales el ilustre difunto ocupa muy distinguido puesto.

Trasladóse á la Capital, á seguir los cursos de filosofía y jurisprudencia; y allí hizo, en efecto, esos estudios, si hacerlos podía llamarse la concurrencia forzada á las clases, impuesta al indómito niño por la voluntad paternal. Al futuro sabio le repugnaba entonces todo estudio; pero, con repugnancia y todo, siguió la carrera del foro, obtuvo en 1838 la investidura de abogado, y regresó presuroso á su risueño hogar, no á dedicarse á las áridas tareas forenses, sino anheloso de que se realizase su ideal, de pasar alegremente las horas, aspirando con avidez, en las huertas perfumadas de su florida tierra, la atmósfera inebriante de la vida sensual. Y así continuó el novel jurisconsulto hasta la edad de cuarenta años, sin sospechar que escondía, entre los repliegues de su ser completamente consagrado al placer, gérmenes que, debidamente cultivados, habían de producir en él la más completa regeneración intelectual y convertirse en una de las glorias más puras y enviadables de la literatura ecuatoriana.

No cabe en el estrecho marco de este boceto, ni entra en la índole de mi trabajo, el cuadro de esos años de vida del Dr. Cevallos, lastimosamente perdidos para las Letras y que retardaron notablemente la justa nombradía de que hoy disfruta, como eximio literato. El mismo Cevallos lo ha trazado con gracia inimitable, en escritos humorísticos, chispeantes y convenientemente salpimentados, escritos que constituyen unas como confesiones en las cuales el pecador se arrepiente, pero acariciando siempre con amor las risueñas imágenes de un tiempo que ya no tornará, y deseando que tornar pudiera, para acopiar materiales de nuevo arrepentimiento. Nuestro compañero el eminente literato, Dn. Juan León Mera, ha insertado en una biografía del Dr. Cevallos, publicada en 1874, algunos trozos de los escritos á que me refiero, y ha pintado, con su acostumbrada maestría, lo concerniente á esa época, primero de prueba, y después de regeneración intelectual, de su respetable y respetado amigo. Me limito, pues, á indicar ese trabajo á los que anhelan detenerse algo más en dicha época; pero no debo terminar lo relacionado con ella sin que exprese, coincidiendo completamente en ideas con el Sr. Mera, que los heroicos esfuerzos que hizo el Dr. Cevallos para sacudirse de sus hábitos de



disipación y adquirir otros de trabajo ordenado y metódico, son, para mí, la parte más interesante y meritoria de su vida literaria.

Sucede, en el orden moral, que hay naturalezas angélicas cuyo centro natural de atracción es lo infinito. Y allá van las aspiraciones de esos seres vaporosos y etéreos que evitan cuidadosos el que sus blancas alas rosen el fango mundanal. Admirémosles sin reserva; pero admiremos aún más á los que tienen que luchar para vencer, porque son fuertes y estrechos los lazos que los retienen, jadeantes pero no saciados, en el ruidoso festín de la vida material.

Pues idénticamente lo mismo acontece en el orden intelectual. Hay seres predestinados á la meditación y al estudio, que han tenido por cuna un infolio, que han crecido y desarrollado entre los libros; y que se asfixiarían al no respirar su natural elemento, que es el polvo de las bibliotecas. Pero más mérito hallo en los que, ya en edad provectora, se proponen ser sabios, y lo son, mediante un heroico esfuerzo de voluntad: en los que procuran llenar, y en efecto llenan, con exceso de laboriosidad; aunque tardía, la ancha laguna causada por el tiempo perdido para las Letras.

Y tal hizo el Dr. Cevallos; pues, doblado ya el meridiano de su vida, resolvió ser, y en efecto fue, historiador eminente, literato exímio y hablista consumado. Y estos lauros inmarcesibles que adornan las sienas del patriarca de nuestra literatura contemporánea son tanto más merecidos, cuanto los ganó el ilustre literato luchando tenaz contra sus propias inclinaciones, hasta dominarlas por completo y saborear con delicia las inefables fruiciones del comercio intelectual.

### III

Antes de que el Dr. Cevallos se hiciese notar como literato, había tenido notable participación en la vida pública. Concurrió, como Diputado, al Congreso de 1847, sin terciar gran cosa en las reñidas luchas parlamentarias que entonces hubo, luchas hacia las cuales no le arrastraba su carácter poco batallador. Se afilió

después en el partido liberal extremado, y trabajó ardentemente, en 1849, por el triunfo de la candidatura Elizalde; pero la contienda electoral fue decidida en los cuarteles, por medio de pronunciamientos militares; y el inexperto político tuvo el profundo disgusto de ver que el partido conservador ó floreano se iba á encaramar en el poder, y acaso de un modo estable, si otro pronunciamiento militar no lo remediaba. Se echó, pues, como todos sus copartidarios, en brazos del despotismo militar de Urbina, hábil y astuto hombre público que había jugado con todos los partidos, hasta imponerse á la Nación y que se le tuviese por salvador de los principios liberales. El liberal Cevallos fue, por lo tanto, partidario decidido de Urbina, y hasta desempeñó, por algunos días, la Secretaría General del Gobierno provisorio de éste, para autorizar decretos que se consideraron como de extremado liberalismo. Pronto conoció el honrado patriota que su buena fe había sido burlada, como la de casi todos sus copartidarios; pues, en vez del Gobierno libérrimo con que soñaba, vio implantarse en la República el más definido y neto personalismo. Los que continuaron sirviendo al nuevo magistrado se denominaron, desde entonces, Urbinistas; y el Dr. Cevallos, herido en sus convicciones y desalentado, dio un adiós á la política activa, y se archivó en un Tribunal de Justicia, á fin de consagrar todos los momentos que le dejaba libres el ejercicio de la magistratura, á sus estudios predilectos sobre la Historia y el Arte de bien decir. Desde entonces comienza, y nada más que desde entonces, la vida propiamente literaria de nuestro deplorado amigo y compañero.

Esas excursiones, y las que después hubo de hacer en el escabroso terreno de la política, cuando á ello le obligaban sus deberes de patriota y de ciudadano, constituyen meros accidentes, y muy ocasionales y transitorios por cierto, de su vida de literato y hombre de ciencia; pues, como literato y hombre de ciencia tiene que ser juzgado, ante todo y sobre todo, por la crítica imparcial y desapasionada.

Y entre en cuenta que, aun en el político, si bien inexperto y candoroso, se mostró siempre el ciudadano patriota y honrado, el hombre de bien á carta cabal, y que hubo vez en que se le vio, cuando el memorable y

ruidoso Congreso de 1867, cumplir su deber de Senador con catoniana entereza.

Pero quédense á un lado su Diputación de 1847, sus percances electorales de 1849, su secretaría general de Urbina en 1852, su senaduría de 1867 y sus demás escapatorias, siquiera sean momentáneas, del augusto templo de la diosa á la cual ha rendido su único culto: la Literatura. Fueron meras veleidades de amante, siempre reparadas después con aumento de asiduidad en la adoración.

Venga, pues, el literato; que ante él desaparecen las banderías; y urbinistas y floreanos, moderados y radicales, clericales y deficientes, todos se han puesto de acuerdo en estrecharle con efusión la mano y reconocerle como maestro.

#### IV

El «Resumen de la Historia del Ecuador» es un paso avanzadísimo en la marcha progresiva de nuestra literatura, y merece, con justicia, el aplauso con que la obra fue recibida dentro y fuera de la República. Le falta aun algo para que pueda considerarse perfecta; pero es indudablemente un notabilísimo trabajo, desde el cual poco resta ya que recorrer hasta el grandioso monumento literario que actualmente levanta en el suelo de la patria el Dr. Dn. Federico González Suárez.

El Dr. Cevallos, como historiador, no pertenece, de un modo bien marcado, á ninguna de las escuelas históricas, reconocidas como tales, en estos tiempos en que todo se clasifica, marca y numera, por más que, muchas veces, las clasificaciones resulten arbitrarias y antojadizas. Ni se encierra en el estrecho marco de la desnuda exposición del cronista, ni pretende ser razonador filósofo, ni trata de profundizar extremadamente la causa de los hechos, para buscar en ellos una forzada concatenación providencial. Prefiere ser narrador correcto y desapasionado; y efectivamente lo es en grado eminente, sin que, por eso, se abstenga de juzgar los acontecimientos históricos, con la serenidad propia del augusto ministerio, que debe ejercer el historiador, ni deje de

poner á descubierto más de una úlcera social, por medio de su hábil y bien manejado escalpelo.

La parte consagrada á la historia de nuestros aborígenes es harto deficiente; pues, el tiempo que el Dr. Cevallos malgastó, alejado de las Letras, y el que después le robó la Magistratura, que se vio precisado á ejercer para sobrellevar dignamente su honrada pobreza, no le permitieron profundizar mucho los arcanos de esa época oscura y nebulosa, ni con la ilustrada sagacidad del ya mentado historiador nacional, ni con la paciente constancia de ese benedictino de las Letras ecuatorianas, que lo es el Dr. Dn. Pablo Herrera.

En lo tocante á la colonización española nuestro historiador ha tenido ya fuente segura, como son las crónicas, décadas y relaciones de los primitivos historiadores de Indias; y así en esa parte de su libro, como en la concerniente al Gobierno colonial y en la consagrada á nuestra grandiosa epopeya, que es la guerra de la Independencia, ha evitado cuidadoso recargar el colorido de sus cuadros, como lo recargan generalmente los que han escrito cuando aún se conservaba vivo el resentimiento engendrado por esa titánica guerra. El Dr. Cevallos juzga con criterio tranquilo y ánimo sereno, y aplaude ó fustiga al que lo merece, sea conquistador ó conquistado, godo ó patriota, peninsular ó americano.

En mi discurso pronunciado con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América, dije, con relación á las atrocidades de la Conquista y á los heroicos hechos de la Independencia, lo siguiente:

«Los imponderables infortunios de los pueblos aborígenes culpa fueron del tiempo y no de España», como dice el Tirteo español. Y ni aún esa gráfica expresión del ilustre poeta es exacta; pues, semejantes males han sido y son de todo tiempo, y no hay porqué aplicarlos exclusivamente al en que se efectuó la conquista española del nuevo mundo. Toda guerra de conquista acarrea idénticas atrocidades, y con ellas se han llenado las principales páginas de la Historia, frecuentemente convertida en el martirologio de la humanidad.»

«La obstinada y grandiosa guerra de la Independencia engendró, es cierto, profundos odios entre peninsulares y americanos, esto es, entre españoles de allende y aquende el Atlántico; pero esos odios no podían

ser eternos; la terrible guerra, que terrible fue, como toda guerra de familia, sólo ha dejado el recuerdo del asombroso heroísmo de la raza común á que pertenecían ambos combatientes; las hijas de España, nuestras jóvenes y prósperas repúblicas, se han reconciliado sinceramente con su augusta madre; y hoy los españoles de acá admiramos sin reserva el temple de alma y valentía de Hernán Cortés, Pizarro, Núñez de Balboa y demás indomables conquistadores del suelo americano, como los españoles de allá, también sin reserva, acatan el genio creador y la pericia militar de Bolívar, Sucre, Páez y demás egregios adalides de la guerra de la Independencia. Así los unos como los otros son titáneas figuras que la mano de Dios talló en granito español.»

Y el Sr. Cevallos ha pensado como yo. Por eso es parco y mesurado en apreciaciones hirientes á la nación dominadora, no obstante haberse escrito su obra mucho antes de que la "Unión Ibero Americana" y las "Academias correspondientes", instituciones de las cuales fue uno de los más entusiastas cooperadores, contribuyesen poderosa y eficazmente á la leal y sincera reconciliación entre todos los miembros de la ibérica familia.

En donde más resaltan las imponderables dotes del Dr. Cevallos como historiador imparcial y desapasionado, es en lo correspondiente á la última época de su Historia, la de 1830 á 1845. Es la historia de Flores y del partido conservador: la de Flores, derrocado por los revolucionarios de 1845; la del partido conservador, que con Flores se hundió, y que se hubiera reaccionado con Noboa, á no impedirlo Urbina, aclamado por los liberales ó roquistas como el salvador de sus principios. Y sin embargo el *antifloreano* escribe la historia del *floreanismo*, y el *roquista* juzga al partido *conservador*, evitando que el fiel de la balanza se incline al impulso de algo que provenga del prosélito ó del adversario político.

Esto no quiere decir que la obra sea irreprochable hasta en sus últimos detalles. Pudiera, talvez, ponerse en tela de juicio tal ó cual hecho, ó impugnarse con fundamento tal ó cual apreciación; pero bastarían las dotes eminentes que quedan apuntadas y que superan con mucho á los pequeños lunares de dicha obra, para que ésta se quede siempre como una de nuestras joyas literarias de más valía.

Y valiosa es, además y sobre todo, en su forma, pues, el corte de la frase, la corrección y limpieza del lenguaje, la parvedad de adornos retóricos y la carencia absoluta de inútil hojarasca y falsos oropeles, la hacen digna de ser presentada por modelo del estilo que más cuadra á la augusta majestad de la Historia. Es el ejemplo que el hablista y el filólogo eminentísimo nos ha querido presentar junto al precepto, al recibir la ejecutoria de maestro en el Arte de bien hablar.

Perdónese me un detalle que personalmente me concierne, en orden á la publicación del "Resumen de la Historia del Ecuador": detalle que han olvidado los biógrafos del autor; pero que éste no olvidó nunca, considerando, con su genial benevolencia, el simple deber que cumplí entonces, como un motivo de eterna gratitud para conmigo. La obra había hecho una larga peregrinación por dentro y fuera de la República, en busca del editor que la aceptase; se había tentado, además, el desesperado medio de las suscripciones; y hasta hubo un decreto de protección oficial, que las penurias del Erario no permitieron cumplir. Todo resultó inútil y sin consecuencia; y el autor hubo de guardar sus manuscritos, completamente desalentado. En tales circunstancias fui llamado por el Presidente Sr. Espinosa á desempeñar el Portafolio de Hacienda; procuré, entonces, con decidido empeño, arbitrar fondos para que saliera á luz un libro de tal valía; y tuve la satisfacción de firmar la orden de pago de todo lo que el Tesoro debía al Sr. Cevallos por sueldos y pensiones atrasados, radicando dicho pago, para que fuese más factible, en la Tesorería de Manabí, en donde el acreedor podía hacer valer su acreencia para operaciones concernientes á los derechos de aduana. Con esto el Dr. Cevallos tuvo lo bastante para su anhelado objeto, é hizo su viaje á Lima, en donde llevó á cabo la publicación de la obra.

## V

El "Breve catálogo de los errores que se cometen en el lenguaje familiar y aún en el escrito" salió á luz mucho antes que el "Resumen de la Historia del Ecuador", y de él se han hecho cuatro ediciones sucesivas. Aun prescin-

diendo de su indiscutible mérito intrínseco, el catálogo tiene gran interés, como muestra de la infatigable labor de Cevallos en la depuración del lenguaje, depuración que fue la preocupación constante de su vida, el blanco de sus afanes, el punto objetivo de sus más vehementes aspiraciones.

He dicho ya que el Dr. Cevallos, apasionado extraordinariamente de la pureza y elegancia del estilo de los clásicos españoles, había hecho profundos estudios en materia de lenguaje y declarádose en guerra implacable y constante contra toda introducción de voces exóticas ó bárbaras, muy especialmente de las de importación transpirenaica. Su extremada tolerancia en orden á ideas y opiniones contrapuestas á las suyas nunca se extendió á semejante materia, y tras todo pecadillo, siquiera fuese venial, en materia de lenguaje, se hacía sentir la férula del maestro.

Y hubo sobrado motivo para que se excitase el celo del justamente alarmado preceptor; pues si, aun en la Península, la falange galiparlista había hecho considerable estrago en la hermosa lengua de Cervantes y de Herrera, el daño era aún mayor en los pueblos americanos de origen español. Después de la guerra de la Independencia había cesado casi por completo nuestro comercio literario con la metrópoli del Gobierno colonial; nuestra lectura preferente y cotidiana era la de los escritores franceses de más fama, brillantes y eminentísimos, en verdad, pero vertidos al español por traductores contratados á destajo para el comercio de exportación de libros; y la hermosa, la tersa, la galana lengua española llevaba trazas de bastardearse completamente, convirtiéndose en mero dialecto en que predominase el elemento gálico, si una reacción saludable encabezada por escritores de pulso y brío, no lo remediaba. El Dr. Cevallos dio la voz de alarma; y enseñó, amonestó y corrigió tanto y tanto que, á la postre, logró formar escuela y que la reacción se verificase. Hoy tiene la juventud ecuatoriana decidida afición á los estudios gramaticales y filológicos, y nuestra literatura adquiere paulatinamente la tersura y limpidez propias del sonoro y robusto idioma en que resonaron los acentos patrióticos del peninsular Quintana y del americano Olmedo.

El "Breve Catálogo" es, pues, un trabajo importante y de indiscutible utilidad. Por ser *breve*, le falta aún

mucho para que se complete; pero otros escritores, obedeciendo al impulso recibido, han continuado estudiando con esmero el Arte de bien decir; y Don Pablo Herrera, con sus "Voces provinciales usadas en el Ecuador", el General Salazar, con sus "Observaciones sobre algunas palabras empleadas en el lenguaje militar", D. Honorato Vázquez, con sus "Reparos sobre nuestro lenguaje usual", D. Alejandro Cárdenas con sus "Notas sobre el lenguaje vulgar forense", y el Reverendo Proaño con sus "Observaciones al Diccionario de la última edición", están en camino de formar el digno complemento del libro de cortas dimensiones, pero de subido mérito, cuya continuación les ha legado el eminente maestro.

## VI

No obstante su "Resumen de la Historia del Ecuador", su "Galería biográfica de ilustres ecuatorianos", y su "Breve Catálogo de errores en materia de lenguaje", el Sr. Cevallos se consideraba aun deudor de un saldo á las Letras, por haber pasado lo más florido de su edad alejado de ellas. No quiso, en consecuencia, que fuese estéril para las mismas la versación que en materias forenses adquiría, en virtud del ejercicio de las magistraturas judiciales desempeñadas por él; y publicó sus "Instituciones de Derecho práctico ecuatoriano", libro que sirvió de texto para la enseñanza de la juventud y que le abrió las puertas del profesorado en la Universidad de Quito.

Y pues he hablado de la competencia del Dr. Cevallos en asuntos forenses, aquí correspondería juzgarlo como magistrado y jurisconsulto; pero la índole de mi trabajo no me permite alejarme mucho del terreno puramente literario. Así, me bastará decir que, en su brillante carrera, en la cual recorrió con honra todos los escalones de la jerarquía judicial hasta entrar en la Corte Suprema de Justicia, se hizo siempre notar como juez ilustrado y probo, si bien la especialidad de sus estudios predilectos no le permitió profundizar mucho los arcanos del Derecho, ni llegar por lo tanto, á la altura de sus compañeros Salazar, Portilla y Gómez de la Torre, grandes lumbreras jurídicas de cuya luz acaba de privarnos la muerte.



El venerable anciano continuó en el Tribunal Supremo hasta el año de 1889 en que hubo de retirarse, apagada la luz de sus ojos, á vivir con la modesta pensión que el cuerpo universitario le señalara como á profesor jubilado.

Se me olvidaba decir, para completar lo concerniente á la hoja de servicios forenses del señor Cevallos, que éste formó parte de la Comisión codificadora creada por la Legislatura de 1867, comisión que hubo de disolverse, á consecuencia de la revolución política de 1869. En realidad de verdad, la creación de ese cuerpo codificador no produjo los resultados que de él se esperaban; pero las actas de sus discusiones, durante el año que tuvo de vida, sirven, no obstante, para esclarecer tal ó cual punto dudoso de la parte del Código civil que alcanzó á ser objeto de tales disquisiciones. Y es excusado agregar que la colaboración del Sr. Cevallos había de tener por objeto preferente la corrección y pureza del lenguaje de los futuros códigos, sobre lo cual no podía admitir que hubiese transacción ni acomodamientos. Centinela avanzado, allí se estuvo, en ese terrero como en todos, pronto á dar la voz de alarma, á la aproximación del enemigo, esto es, de las palabras ó voces bárbaras ó exóticas que tratasen de deslizarse en el lenguaje, á pretexto de la exposición de un principio ó de la demostración de una verdad.

## VII.

Conocidas las aficiones y tendencias literarias del Dr. Cevallos, se comprende fácilmente con cuanto amor debió acariciar la idea lanzada en España, por iniciativa del literato colombiano D. José María Vergara y Vergara, y un poco también por la mía, de establecer en América Academias correspondientes de la "Real Española de la Lengua". ¿Podía haber para nuestro filólogo y hablista cosa más importante y meritoria que cooperar á las labores de la corporación conservadora de la pureza del lenguaje, cuyo lema, en lo que á éste concierne, es *limpia, fija y da esplendor*?

La Academia Ecuatoriana se estableció en 1872; y, como era justo y natural, fue su primer Director el Dr. Cevallos. ¿Quién sino el patriarca de las Letras ecuato-

rianas, el pulcro y eximio literato, el profundo conocedor de todas las galas y recursos de la hermosa lengua castellana, podía haberse puesto á la cabeza de un cuerpo literario que se organizaba con el ya mentado propósito? Por eso, las labores de nuestra Academia le interesaron cual si hubiesen constituido el negocio más importante de la República. Ninguno podía serlo más para quien estaba siempre dispuesto á perdonar á sus enemigos, pero no á los enemigos de la lengua.

La organización de este cuerpo académico, debida principalmente á su ilustrado primer Director, ha sido el blanco de censuras injustificadas. Cierto que en él hemos entrado algunos con escaso equipaje literario y tan sólo en atención á nuestro decidido amor por las Letras; pero otros, que son los más, tienen ya adquirido envidiable renombre como literatos. Se nos imputa haber cuidado de alejar el elemento joven; y allí están, para desmentir tal imputación, Vázquez y Crespo Toral. En orden á otro cargo aun más infundado, el de provincialismo, bastará recordar que, si la Academia no tiene, las más veces, ni aun el número de vocales necesarios para sus juntas, es debido á que, hasta contrariando los usos establecidos en la Real Academia Española, la mayoría de los Académicos se compone de literatos residentes en las provincias. Hoy mismo la Academia, para llenar la vacante causada por el fallecimiento de nuestro deplorado amigo y compañero, trata de rendir, y rendirá, homenaje al periodismo, que ha llegado á tomar gallardo y sorprendente vuelo en la ilustrada y opulenta Guayaquil.

El señor Cevallos desempeñó la dirección de la Academia durante diez y seis años, y no la dejó sino cuando su achacosa ancianidad y la falta de vista no le permitieron ya atravesar los umbrales del hogar.

Al aceptar su renuncia, reemplazándole con quien se muestra confuso por semejante subrogación tan honrosa cuanto inmerecida, la Academia le dirigió el siguiente oficio:

“Al Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos.

Quito, á 9 de Marzo de 1890.

Señor:

La Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española de la Lengua, reunida hoy con el fin de elegir

nuevos empleados, tuvo la dignación de nombrarme para su Secretario y de encomendarme, como á tal, que dirigiese á Ud. este oficio, expresándole la profunda gratitud que Ud. se merece de la Sociedad, por el tino, acierto y sabiduría con que la ha dirigido desde su fundación, y el vivo pesar que experimenta porque los achaques de Ud. la priven de un Director que, como Ud. benemérito de las letras patrias, tenía pleno derecho á gobernarla á perpetuidad, con los legítimos títulos de iniciador entre nosotros de las disquisiciones lingüísticas y de esclarecido decano de la literatura ecuatoriana.

Honrado con el grato encargo de transmitir á Ud. el referido acuerdo, y en extremo complacido de que la Academia me presente oportunidad de manifestar á Ud. mi afecto y veneración, me repito de Ud. atento y obsecuente S. S.

*Carlos R. Tobar*

Los que hicisteis la visita oficial, que, con tal motivo la Academia resolvió hacer á su Director cesante, fuisteis testigos de la viva emoción con que el venerable anciano se hizo leer el oficio que se le dirigía, en contestación á su renuncia, y recibió el tributo de respeto y simpatía rendido por sus compañeros.

Y no porque hubiese cesado su concurrencia á nuestras juntas ordinarias, dejó el Dr. Cevallos de interesarse en lo concerniente á su querida Academia; pues, desde su antiguo sillón de trabajo, en el cual soportó resignado sus largas horas de forzada inacción, escuchaba la lectura con que su bondadoso amigo el bibliotecario de la Academia, D. Federico Donoso, cuidaba de distraerle diariamente. Y claro se está que, en esa lectura, lo relativo á la Academia había de tener marcadísima preferencia.

### VIII

He llegado al término de mi imperfecto esbozo biográfico, y debo rematarlo con lo concerniente á las creencias religiosas del Sr. Cevallos. Hizo siempre gala y ostentación de no tenerlas y de que consideraba *los misterios y verdades de la religión de Jesús como no perte-*

*necientes á estos tiempos.* Pero el indiferentismo de nuestro deplorado amigo no provenía de estragamiento de ideas, sino de falta de instrucción religiosa; pues, ocupado con exceso en desentrañar los misterios del lenguaje, no le habían merecido ni siquiera una mirada rápida los de la eterna verdad. Sus amigos abrigábamos, por lo tanto, la consoladora esperanza de que, cuando las emergencias de la vida le hiciesen volver los ojos á lo alto, se habían de disipar las densas tinieblas de su espíritu, recibiendo de lleno la luz esplendorosa que el Eterno irradia sobre los que en El se refugian en un momento de suprema desolación.

Y nuestras esperanzas no han quedado frustradas; pues á Dios volvió los ojos el venerable anciano, al abandonar su mísera vestidura terrenal.

El Sr. Mera, en su hermosa biografía del Dr. Cevallos, escrita veinte años ha, dice lo siguiente:

“Nuestro amigo oyó á los cuarenta años el *tolle lege* del buen juicio, dejó las licencias de Cartago, pero no tuvo por madre una Mónica que le purificase con el aliento de su corazón santo y con las lágrimas, ni llegó á Milán á recoger la verdad de los labios del grande Ambrosio. No ha leído, no ha meditado, no ha orado, lo que debe leerse, sobre lo que conviene meditar y como debe orarse; por eso el ilustre historiador, el ciudadano honradísimo, el patriota celoso, el amigo sin tacha, anda todavía alumbrado por la linterna de la ciencia humana, cuando puede serlo por el sol de la fe divina.

“Sin embargo, tenemos presente una costumbre de nuestros abuelos, que todavía no ha desaparecido del todo: cuando concluían un edificio, un monumento cualquiera, lo coronaban con una cruz. Sorprendentes son los esfuerzos que el Dr. Cevallos ha empleado para levantar el monumento de su regeneración moral y gloria literaria, y creemos que al fin se acordará de aquella santa costumbre”.

Y la predicción del señor Mera se ha cumplido; pues, el Sr. Cevallos ha terminado su vida abrazado de la cruz.

*Quito, Julio 1 de 1893.*

Julio CASTRO.